

## Regalos de Feria de Invierno

Lois McMaster Bujold

A través comunicador de muñeca del soldado Roic la voz del guardia de la puerta informó lacónicamente, “Están dentro. Puertas bloqueadas”.

“De acuerdo”, contestó Roic, “Bajando los escudos de la casa”. Se volvió hacia el discreto panel de control de seguridad que había detrás de las dobles puertas talladas de entrada al vestíbulo de la Mansión de los Vorkosigan, presionó con la palma de su mano el lector e introdujo un breve código. El ligero zumbido del escudo de fuerza que protegía la gran casa se atenuó.

Roic miró ansiosamente afuera a través de una de las altas y estrechas ventanas que flaqueaban el portal, listo para abrir completamente las puertas en cuanto el vehículo de superficie del señor accediese por la puerta cochera. Echó un vistazo no con menor ansiedad a lo largo de la considerable longitud de su atlético cuerpo, comprobando su uniforme de la Casa: medias botas pulidas como espejos, pantalones con raya impecable, con los bordados plateados relucientes, tela marrón oscuro sin mácula.

Notó como se calentaba su cara mortificado por el recuerdo de una llegada menos esperada en este mismo vestíbulo – también de Lord Vorkosigan con una honorable compañía a su lado – y el poco sagrado retablo que sorprendió milord con los caza recompensas de Escobar y la viscosa debacle de la manteca de bicho. Roic había parecido un completo loco en aquel momento, casi desnudo excepto por una generosa capa de limo viscoso. Aun podía oír la austera y divertida voz de Lord Vorkosigan tan cortante como un látigo afilado sobre sus oídos: *Soldado Roic, no lleva usted uniforme.*

*Piensa que soy un idiota.* Peor, la invasión de los escobarianos había sido una brecha en la seguridad, y aunque él no había estado, técnicamente, de servicio – había estado *durmiendo*, maldición -- había estado presente en la casa y por lo tanto de guardia en caso de emergencia. El lío se había producido en su regazo, literalmente. Milord le despidió de la escena sin más que un exasperante *Roic ... tome un baño*, de alguna forma más doloroso que cualquier rapapolvo que le hubiese vociferado.

Roic comprobó de nuevo su uniforme.

El largo vehículo plateado de superficie se acercó y paró con un suspiro sobre el pavimento. El dosel frontal se elevó sobre el conductor, el intimidantemente competente soldado jefe Pym abrió el dosel trasero y se apresuró a dar la vuelta al coche para asistir a milord y a su acompañante. El soldado jefe echó un vistazo a través de la estrecha ventana mientras pasaba por delante, sus ojos pasando fríamente sobre Roic y revisando el vestíbulo situado más allá para asegurarse de que no contenía en esta ocasión dramas imprevistos. Aquellos eran Invitados de Boda Muy Importantes de Fuera del Planeta, había insistido Pym a Roic. Lo que Roic debería de haber deducido del hecho de que milord fuese personalmente al espaciopuerto a recibirlos de su órbita descendente – pero en aquella ocasión, Pym también había llegado para encontrarse con el desastre de la manteca de bicho. Desde aquel día,

sus ordenes a Roic habían tendido a tener la forma de monosílabos, sin ninguna contingencia dejada al azar.

Una figura de corta estatura vistiendo una túnica a medida de color gris y pantalones saltó primero fuera del coche: Lord Vorkosigan, gesticulando expansivamente en dirección a la gran mansión de piedra, hablando sin parar por encima de sus hombros, sonriendo en una orgullosa bienvenida. Cuando las puertas talladas se abrieron completamente, dejando entrar una ráfaga de aire invernal nocturno y unos pocos cristales brillantes de nieve, Roic se puso firme y mentalmente identificó al resto de gente saliendo del vehículo con la lista de seguridad que le habían dado. Una mujer alta sosteniendo un bebé enrollado en mantas; un chico delgado y sonriente a su lado. Tenían que ser los Bothari-Jeseks. La señora Elena Bothari-Jesek era la hija del último y legendario soldado Bothari; sus derechos de acceso a la mansión Vorkosigan, donde ella había crecido con milord, eran absolutos. Pym se había asegurado que Roic lo entendiese. No necesitó ver los implantes plateados de las tomas neurales de piloto en su frente y sus sienes para identificar al tipo bajo de mediana edad como el piloto de salto, Arde Mayhew -- ¿Debería un piloto de salto parecer tan afectado por un salto? Bien, la madre de milord, la condesa Vorkosigan, también era betana; y la apariencia temblorosa y parpadeante del piloto le pareció a Roic de lo menos amenazadora físicamente. No ocurrió así con el último de los invitados, los ojos de Roic se abrieron totalmente.

La enorme figura se desplegó saliendo del vehículo y se elevó y elevó mientras se ponía en pie. Pym, que era casi tan alto como Roic, no le llegaba a los hombros. Sacudió los pliegues arremolinados de su abrigo blanco y gris de corte militar y echó atrás su cabeza. La luz cenital iluminó su cara durante un momento ... ¿Había visto unos colmillos curvados sobre el borde de la mandíbula inferior?

Sargento Taura era el nombre que había que asociarle, siguiendo un proceso de eliminación. Uno de los viejos compañeros militares de milord que Pym había dado a entender a Roic, y -- que no le engañase su rango -- que eran de particular importancia (aunque bastante misteriosos, como lo era todo lo relacionado con la anterior carrera de lord Miles Vorkosigan en Seguridad Imperial). Pym también había formado parte de SegImp con anterioridad. Roic no, como le recordaba, oh, una media de tres veces al día.

A instancias de lord Vorkosigan, todos los invitados accedieron al vestíbulo de entrada, sacudiendo sus prendas salpicadas de nieve, hablando, riendo. El abrigo se deslizó de aquellos elevados hombros como una vela ondeando mientras su propietaria se dio limpiamente la vuelta sobre un pie, plegando la prenda lista para entregarla. Roic se inclinó hacia atrás para evitar ser golpeado por una trenza larga y pesada de color caoba que pasó por delante de él, y se balanceó para encontrarse cara a ... nariz contra ..., mirando directamente a un escote completamente inesperado. Estaba enmarcado en seda rosa formando una uve vertiginosa. Levantó la mirada. La prominente mandíbula era suave y lampiña. Unos curiosos ojos ámbar, con los iris rodeados por pulcras líneas negras, le miraron hacia abajo con lo que él, temió al instante, fuese algo de diversión. Su sonrisa enmarcada por unos colmillos era profundamente alarmante.

Pym estaba organizando a los sirvientes y el equipaje eficientemente. La voz de lord Vorkosigan devolvió la concentración a Roic. “Roic, ¿han vuelto ya el conde y la condesa de la cena a la que estaban invitados?”

“Hará unos veinte minutos, milord, subieron a su habitación a cambiarse”.

Lord Vorkosigan se dirigió a la mujer con el bebé, quién había atraído a varias doncellas arrulladoras. “Mis padres me despellejarán si no os llevó con ellos inmediatamente. Preveo que el bebe Cordelia tendrá a la condesa Cordelia rodeada por sus dedos regordetes en alrededor de, oh, tres segundos y medio. Como mucho.

Se volvió y comenzó a subir la curva de la gran escalinata, conduciendo a los Bothari-Jesek y gritando sobre sus hombros, “Roic, muéstrales a Arde y Taura sus habitaciones, asegúrate de que tengan todo lo que deseen. Nos encontraremos en la biblioteca cuando todos os hayáis refrescado o lo que sea. Allí nos tomaremos una bebidas y unos tentempiés”.

Así que era una *lady* sargento. Los galácticos tenían esas cosas; la madre de milord había sido una famosa oficial betana en su día. *Pero aquello era una maldita y gigantesca lady sargento mutante* fue un pensamiento que Roic suprimió firmemente. Esos pensamientos de pueblerino no tenían sitio en esta familia. Sin embargo, ella era claramente un producto de bioingeniería, tenía que serlo. Se recuperó lo suficiente para decir, “¿puedo llevar su bolsa, hmm ... Sargento?”

“Oh, de acuerdo”. Con una mirada dubitativa, le entregó la cartera que llevaba colgando del brazo. El esmalte rosa de sus uñas no camuflaba completamente su apariencia de garras, fuertes y eficientes como las de un leopardo. El peso de la bolsa casi arrancó de cuajo el brazo de Roic. Se las arregló para lanzar una sonrisa desesperada y comenzó a arrastrarla a dos manos por la escalera siguiendo a milord.

Dejó en primer lugar al cansado piloto. La habitación de invitados de la sargento Taura en el segundo piso era una de las renovadas, con su propio baño, pasada la esquina del pasillo donde se encontraba la suite de milord. Ella extendió una uña y la arrastró por el techo sonriendo en evidente aprobación de los techos de tres metros de altura de la mansión.

“Así que”, dijo volviéndose hacia Roic, “¿se considera una boda durante la feria de invierno especialmente favorable según las costumbres de Barrayar?”

“No son tan comunes como durante el verano. Creo que principalmente se celebra en estos momentos porque la prometida de milord se encuentra entre dos semestres universitarios”.

Sus espesas cejas se elevaron en sorpresa. “¿Es una estudiante?”

“Sí, señora”. Supuso que uno se dirigía a una sargento como señora. Pym lo hubiese sabido.

“No me había dado cuenta de que fuese tan joven”.

“No, señora. La señora Vorsoisson es viuda – tiene un niño pequeño, Nikki – de nueve años. Le enloquecen las naves de salto. ¿Por casualidad sabe

usted si al piloto de salto le gustan los niños?” Mayhew estaba destinado a atraer como un imán a Nikki.

“¿Por qué? ... No lo sé. No creo que Arde lo sepa tampoco. Difícilmente suele encontrarse con ninguno en una flota de mercenarios independientes”.

Así pues, tendría que estar atento y asegurarse de que el pequeño Nikki no sufriese un doloroso rechazo. Dado que, bajo estas circunstancias, milord y la futura milady no iban a prestarle la atención usual.

La sargento Taura recorrió la habitación, observando con lo que Roic esperó que fuese aprobación a sus confortables instalaciones, y echó un vistazo por la ventana al jardín trasero, cubierto de un blanco invierno, la nieve luminosa en su brillo natural. “Supongo que tiene sentido que se case que una Vor de su misma clase, la casta guerrera, o lo que sea. Nunca pude averiguarlo a través de Miles. Por la forma en que habla de ellos podría pensarse que son como una religión. O en cualquier caso, su religión”.

Roic parpadeó sorprendido. “Bien, no. Y sí. Todo a la vez. Los Vor son ... bueno, Vor”.

“Ahora que Barrayar se ha modernizado, ¿no ofende esta aristocracia hereditaria al resto de vuestras clases?”

“Pero ellos no son *nuestros* Vor”.

“Eso dicen los barrayaranos. Hmmm. ¿De modo que vosotros podéis criticarles, pero el cielo ayude a cualquier extranjero que se atreva a hacerlo?”

“Sí”, respondió, aliviado de que ella pareciese haberlo comprendido a pesar de sus tartamudeos.

“Ya veo. Un asunto de familia”. Su amplia sonrisa se atenuó hasta convertirse en un fruncimiento del ceño menos alarmante – sin mostrar tanto los colmillos. Sus dedos agarraron la cortina e inadvertidamente sus garras atravesaron el caro tejido; con una mueca de dolor, liberó su mano y la escondió detrás de su espalda. Su voz bajó de tono. “Así pues, ella es una Vor, como debe ser. Pero, ¿él la *ama*?”

Roic captó un extraño énfasis en su voz pero fue incapaz de interpretarlo. “Estoy seguro de ello, señora”, afirmó con lealtad. Los gestos huraños de la futura milady, su humor un tanto oscuro, eran seguramente tan sólo los nervios previos a la boda acumulados sobre el estrés causado por su pérdida no tan lejana.

“Por supuesto”. Una sonrisa superficial se pasó rápidamente por su rostro. “¿Hace mucho que está al servicio de lord Vorkosigan, soldado Roic?”

“Desde el pasado invierno, señora, cuando quedó un puesto vacante en la dotación de soldados de los Vorkosigan. Fui ascendido por recomendación proveniente de la Guardia Municipal de Hassadar”, añadió de un modo ligeramente truculento, retándola a burlarse de sus humildes orígenes no militares. “Los veinte soldados de un conde provienen siempre de su propio distrito”.

Ella no mostró ninguna reacción; Evidentemente, la Guardia Municipal de Hassadar no significaba nada para ella.

A su vez, él le preguntó, “Y usted ... ¿Ha estado mucho tiempo a su servicio? ¿allí afuera?” En el más allá galáctico donde milord había adquirido tan exóticos amigos.

Su expresión se suavizó al tiempo que reaparecía su sonrisa con colmillos. “En cierto sentido, toda mi vida. En cualquier caso desde que mi vida real comenzó, hace diez años. Es un gran hombre”. Esto último lo dijo con convicción sin darse cuenta.

Bien, ciertamente era el *hijo* de un gran hombre. El conde Aral Vorkosigan era un coloso que abarcaba el último medio siglo de historia de Barrayar. Lord Miles había tendido una carrera menos pública. Sobre la que nadie diría nada a Roic, dado que el joven soldado no era un ex-miembro de SegImp como milord y la mayor parte de sus soldados.

Con todo, a Roic le *gustaba* el pequeño lord. Incluso con sus lesiones de nacimiento y todo -- Roic rehuyó el término peyorativo *mutaciones* --- había recorrido un duro trayecto toda su vida a pesar de su clase elevada. Lo suficientemente dura para conseguir cosas normales, como... casarse. Aunque milord tenía suficiente cerebro, probablemente, para compensar su cuerpo atrofiado. Roic tan sólo deseaba que no pensase que su soldado más reciente era un estúpido.

“La biblioteca es la primera habitación a la derecha bajando las escaleras”. Levantó su mano hasta la frente en un saludo de despedida, como un modo de allanar su camino de huida de esta inquietante gigante. “La cena de esta noche será informal; no necesita vestirse”. Añadió, mirando desconcertado a su chaqueta y pantalones sueltos de color rosa arrugados por el viaje, “Vestirse de gala, quiero decir. Lo que lleva en estos momentos está bien”.

“Oh”, replicó ella con evidente alivio, “Esto tiene más sentido, gracias”.

Tras haber completado su recorrido de seguridad rutinario por la casa, Roic volvió a la antesala situada justo fuera de la biblioteca y se encontró con la enorme mujer y su compañero piloto examinando la colección de regalos de boda expuestos allí. Una creciente variedad de objetos había estado llegando durante semanas. Cada uno había sido entregado a Pym para que lo desenvolviese, lo sometiese a una comprobación de seguridad, lo volviese a envolver y, en el momento en que los prometidos tenían tiempo, eran desenvueltos de nuevo y mostrados con su tarjeta.

“Mira, aquí está el tuyo, Arde”, dijo la sargento Taura. “Y aquí está el de Ellis”.

“Oh, ¿por qué se decidió finalmente?” preguntó el piloto, “En un momento dado me dijo que estaba pensando enviarle a la novia un collar de alambre de espinos con cadena de Miles, pero pensó que podía ser malinterpretada”.

“No...” dijo Taura sosteniendo una espesa cascada de material negro reluciente tan alta como ella misma. “Parece que es algún tipo de abrigo de pieles. No, espera – es una manta. Y está caliente”. Levantó un pliegue

contra su mejilla, y sus amplios labios se rompieron en una deliciosa risa. “¡Está ronroneando!”

Las cejas de Mayhew se elevaron a mitad de camino de su menguante línea de pelo. “¡Dios mío! ¿se atrevió a...? Eso sí que es un poco inquietante”.

Taura miró hacia abajo en perpleja interrogación. “¿Inquietante? ¿por qué?”

Mayhew hizo un gesto incierto. “Es una piel viva – una creación genética. Se parece a una que Miles le regaló a *Elli* en una ocasión. Si está reciclando sus regalos, este envía un mensaje mordaz”. Dudó un momento. “Aunque supongo que si compró uno nuevo para la feliz pareja, el mensaje sería diferente”.

“Uyy.” Taura inclinó la cabeza a un lado y frunció las cejas mirando la piel. “Mi vida es demasiado corta para arcanos juegos mentales, Arde. ¿Cuál es el mensaje?”.

“Ni idea. En la oscuridad, todos los gatos son... bien, negros, en este caso. Me pregunto si intenta expresar algún tipo de opinión”.

“Bien, si lo intenta, ni se te ocurra transmitírsela a la pobre novia, o juro que doblaré tus dos orejas como si fuesen servilletas”. Levantó sus dedos con garras y los movió. “Con estas manos”.

A juzgar por la breve sonrisa del piloto, la amenaza era una broma, pero por su ligera inclinación de cabeza, no completamente vacía. Taura observó a Roic, justo entonces, volvió a plegar la piel viva dentro de su caja y colocó sus manos discretamente detrás de su espalda.

Las puertas de la biblioteca se abrieron, y lord Vorkosigan asomó su cabeza. “Ah, ahí estáis vosotros dos”. Salió a la antesala. “Elena y Baz bajarán dentro de un momento – ella está dando de comer al bebe Cordelia. Taura, debes de estar hambrienta. Entra y prueba los “hors d’ouvres”. Mi cocinera se ha superado”.

Miles sonrió con afecto a la enorme sargento. Mientras el tope de la cabeza de Roic apenas le llegaba a los hombros, el de milord llegaba justo a la hebilla de su cinturón. Roic pensó que Taura se elevaba por encima de él en casi la misma proporción que las damas de estatura media se elevaban por encima de lord Vorkosigan. Así era como milord veía a las mujeres *todo el tiempo*.

Oh.

Milord les indicó a sus huéspedes que le siguieran a la biblioteca pero, en lugar de seguirles, cerró la puerta y llamó a Roic a su lado. Miró pensativamente a su soldado más alto y bajo su voz.

“Mañana por la mañana, quiero que lleve a la sargento Taura a la Ciudad Vieja. He convencido a la tía Alys para que presente a Taura a su modista y le proporcione un vestuario adecuado para los próximos acontecimientos. Se trata de que estés a su disposición durante todo el día”.

Roic tragó saliva. La tía de milord, lady Alys Vorpatril, era a su modo más aterradora que cualquier mujer que Roic hubiese encontrado nunca, a pesar de su estatura. Era reconocida como el árbitro de sociedad de los Vor de mayor rango de la capital, tenía la última palabra en moda, gusto y etiqueta, era la anfitriona oficial del emperador Gregor *en persona*. Y su lengua podía despedazar a un tipo hasta las costillas y atar los restos con un doble nudo antes de que tocasen el suelo.

“Como demonios consiguió...”. Comenzó a decir Roic, parando inmediatamente.

Milord dijo con una sonrisa de satisfacción. “Soy muy persuasivo. Además, a lady Alys le encantan los retos. Con suerte, puede apartar a Taura de esos impactantes rosas que tanto le gustan. Algún condenado idiota le dijo en alguna ocasión que es un color nada amenazador, y ahora lo utiliza en las prendas y cantidades más inapropiadas. Le queda tan mal. Bueno, la tía Alys será capaz de ocuparse de ello. Si alguien te pregunta tu opinión – no es que sea muy probable – vota a favor de cualquier cosa que elija Alys”.

*No me atrevería a hacer otra cosa*, consiguió evitar decir Roic en voz alta. Se puso firme e intentó hacer ver que estaba escuchando de modo inteligente.

Lord Vorkosigan hizo tamborilear sus dedos en la costura de sus pantalones, mientras desaparecía su sonrisa. “Cuento contigo también para que nadie, hmm, insulte a Taura, o la haga sentirse incomoda, o... bien, ya sabes. No es que puedas evitar que la gente la mire. No lo pretendo. Pero escóltala a todas partes y mantente atento para apartarla de cualquier problema. Desearía disponer de tiempo para poder escudarla yo mismo, pero los preparativos de la boda van a toda marcha. Gracias a Dios, no por mucho tiempo”.

“¿Cómo lo lleva señora Vorsoisson?” preguntó Roic tímidamente. Había estado preguntándose durante dos días si debería informar a alguien sobre el episodio de llanto, pero la futura milady seguramente no se había dado cuenta de que su crisis amortiguada en uno de los pasillos traseros de la mansión Vorkosigan había tenido un testigo en rápida retirada.

A juzgar por la repentina expresión precavida de milord, quizás estuviese enterado. “Ella está soportando... tensiones extra en estos momentos. He intentado evitarle tantos aspectos de la organización de la boda como he podido”. Roic sintió que su encogimiento de hombros no era tan tranquilizador como debería ser.

Milord se iluminó. “En cualquier caso, quiero que la sargento Taura lo pase muy bien durante su estancia en Barrayar, que tenga una feria de invierno fabulosa. Será probablemente la única oportunidad que nunca tendrá de asistir. Quiero que recuerde esta semana como, como... maldición, quiero que se sienta como Cenicienta conducida mágicamente al baile. Se lo merece, el cielo lo sabe. Las campanadas de medianoche están condenadamente cerca”.

Roic trató de abarcar el concepto de Lord Vorkosigan como el hada madrina de la enorme mujer. “En ese caso... ¿Quién es el bello príncipe?”

La sonrisa de milord se torció; algo parecido al dolor sonó en su voz cuando dijo. “Ah, Sí. Ese será el principal problema. ¿No es así?”

Miles mandó a Roic retirarse con su habitual medio saludo, un vago gesto de su mano cerca de su frente, y se reunió con sus invitados en la biblioteca.

En toda su carrera como guardia municipal de Hassadar Roic nunca había estado en una tienda de ropa parecida a la de la modista de lady Vorpatril. Nada revelaba su ubicación en las calles de Vorbarr Sultana salvo una discreta placa metálica, en la que estaba escrito simplemente ESTELLE. Subió al segundo piso con precaución, con las masivas pisadas de la sargento Taura haciendo crujir los escalones enmoquetados tras él, y asomó su cabeza en una silenciosa cámara que debía de haber sido la habitación de dibujo de alguna dama Vor. No había ningún perchero ni ningún maniquí a la vista, tan sólo una espesa alfombra, una iluminación suave y mesas y sillas que parecían adecuadas para ofrecer te en la Residencia Imperial. Para su alivio, lady Vorpatril había llegado antes que ellos y estaba charlando con otra mujer con un vestido oscuro.

Las dos mujeres se volvieron en cuanto Taura agachó su cabeza bajo el dintel detrás de Roic y la levantó de nuevo. Roic hizo una educada reverencia. No podía imaginarse qué le habría dicho milord a su tía, pero sus ojos se abrieron sólo ligeramente cuando miró a Taura. La segunda mujer no se dejó impresionar por los colmillos, las garras, o la estatura, pero cuando su mirada recorrió el conjunto rosa con pantalones, hizo una mueca.

Se produjo una breve pausa; lady Alys lanzó a Roic una mirada interrogativa, y éste se dio cuenta de que debía encargarse de las presentaciones, tal y como hacía cuando acompañaba a los visitantes en la mansión de los Vorkosigan. “Sargento Taura, milady”, dijo en voz alta, callando a la espera de más indicaciones.

Después de un momento, lady Aldys abandonó sus esperanzas de que él se acercase y, sonriendo, levantó sus manos. “Sargento Taura. Soy la tía de Miles Vorkosigan, Alys Vorpatril. Permítame darle la bienvenida a Barrayar. Mi sobrino me contó algunas cosas sobre usted”.

Taura alargó de modo inseguro una enorme mano, engullendo los finos dedos de lady Alys y los estrechó con cuidado. “Me temo que él no me dijo demasiado sobre usted”, respondió. La timidez hizo que su voz sonara con un ruido sordo. “No conozco a muchas tías. Pensé que, de algún modo, usted sería mayor. Y... no tan bella”.

Lady Vorpatril sonrió, no sin aprobación. Tan sólo unos pocos reflejos de blanco en su oscuro peinado y un ligero ablandamiento de su piel traicionaba su edad a los ojos de Roic; Era elegante y con una buena figura y absolutamente en posesión de sí misma, como siempre. Ella presentó a la otra mujer como la señora. Alguien – no Estelle, aunque Roic en seguida la apodó mentalmente de ese modo – aparentemente su modista principal.

“Estoy muy feliz de poder visitar el mundo natal de Miles – Lord Vorkosigan”, les dijo Taura. “Aunque, él me invitó a venir durante la



temporada de la feria de invierno, no estaba segura si se trataba de una temporada de caza o social y si debía traer armas o vestidos”.

La sonrisa de lady Vorpatril se agudizó. “Los vestidos son armas, querida, en unas manos suficientemente habilidosas. Permítanos que le presentemos al resto de nuestro equipo de artillería”. La condesa hizo un gesto hacia una puerta en el lado más alejado de la habitación, más allá de la cual se encontraban presumiblemente salas de trabajo más utilitarias, llenas de escáners láser, consolas de diseño y rollos de tejidos exóticos y expertas costureras. O varitas mágicas, por lo que Roic sabía.

La otra mujer asintió. “Por favor, acompáñeme sargento Taura. Tenemos mucho que hacer hoy según me ha dicho lady Alys...”

“¿Milady?” Dijo Roic con un deje de pánico mientras se alejaban. “¿Qué debo hacer?”

“Espere aquí unos momentos, soldado”, le murmuró lady Alys sobre su hombro. “Volveré”.

Taura, le miró también, justo antes de que la puerta se cerrase silenciosamente tras ella, la expresión reflejada en sus extraños rasgos pareció por un momento que le suplicaba – *No me abandones*.

¿Debía sentarse en una de las sillas? Decidió que no. Se paró un momento, camino por la habitación y, finalmente, se situó en posición de guardia, que a fuerza de mucha práctica reciente podía mantener durante una hora seguida dando la espalda a una pared decorada.

Lady Vorpatril volvió un rato después con un montón de ropas de color rosa dobladas sobre su brazo. Se las lanzó a Roic.

“Devuélvale esto a mi sobrino y dígame que las esconda. O mejor, que las queme. O que haga lo que quiera, pero que bajo ninguna circunstancia permita que caigan en manos de esta joven de nuevo. Vuelva en unas, hmm, cuatro horas. Usted es de lejos uno de los soldados más ornamentales de Miles, pero no es necesario que esté merodeando por aquí abarrotando la recepción de Estelle hasta entonces. Ya puede irse.”

Miró hacia abajo a la parte superior de su cabeza perfectamente arreglada y se preguntó cómo ella siempre lograba hacerle sentir como si tuviese cuatro años o como si quisiese esconderse en una gran bolsa. Para su consuelo, pensó Roic mientras salía, al parecer tenía el mismo efecto en su sobrino, quién tenía ya treinta y un años y debería ser inmune a estas alturas.

Se presentó de nuevo a la hora convenida, tan sólo para enfriar sus talones durante otros veinte minutos o así. Una ayudante de modista de algún tipo le dio a elegir te o vino mientras esperaba, pero él declinó el ofrecimiento educadamente. Por fin, la puerta se abrió y oyó voces a través de ellas.

La vibrante voz de barítono de Taura sonaba inconfundible, “No estoy segura, lady Alys. Nunca he llevado una falda como esta”

“Haremos que practique durante unos minutos, sentándose, levantándose y caminando. Oh, ha vuelto Roic, bien”.

Lady Alys entró primero, con los brazos cruzados, y miró de un modo extraño a Roic.

Una impresionante visión en verde de cazador entró tras ella.

Oh, seguía siendo Taura, seguro, pero... la piel que había sido amarillenta y apagada contra el color rosa, se revelaba ahora con un color marfil reluciente. La chaqueta verde se ajustaba perfectamente a su talle. En la parte superior, sus pálidos hombros y su largo cuello parecían florecer de un cuello de lino blanco. Por debajo, el borde inferior de la chaqueta abarcaba brevemente sus caderas. Una falda estrecha prolongaba la larga caída de verde sobre sus firmes pantorrillas. Los amplios puños de las mangas decorados con sutiles galones hacían parecer a sus manos, si no pequeñas, al menos bien proporcionadas. El brillo rosa de las uñas había desaparecido, sustituido por un tono negro caoba. La pesada trenza de su espalda había sido transformada en un arreglo misteriosamente entrelazado, que se ajustaba cerca de su cabeza y se encendía con un verde ... ¿sombrero?, ¿plumaje?, en cualquier caso, un pequeño acento limpiamente inclinado hacia un arriba. La extraña forma de su rostro parecía de pronto artística y sofisticada en lugar de deforme.

“Sí”, dijo lady Vorpatril, “servirá”.

Roic cerró la boca.

Con una sonrisa retorcida, Taura dio un paso adelante cuidadosamente. “Soy guardaespaldas profesional”, dijo, evidentemente continuando una conversación anterior con lady Vorpatril. “¿Cómo puedo patearle a alguien los dientes vistiendo esto?”

“Una mujer llevando ese vestido, querida, conseguirá voluntarios para patear por ella los dientes de cualquier persona que le moleste”, dijo lady Alys. “¿No es así, Roic?”

“Si no se pisotean entre sí con las prisas”, dijo Roic tragando saliva y enrojeciéndose.

Una esquina de aquella amplia boca se levantó; sus ojos dorados parecieron chispear como champán. Vio un largo espejo sobre un soporte tallado en una esquina y caminó hacia él para observar dubitativamente la porción de ella que reflejaba. “¿Entonces es efectivo?”

“Francamente aterrador”, afirmó Roic.

Roic interceptó una mirada furiosa de lady Alys de espaldas a Taura. Sus labios formaron las palabras *¡No, idiota!* Lo que hizo que se encogiese intimidado y en silencio.

“Oh”. Dijo Taura dejando ver sus colmillos mientras sonreía. “Pero, si yo ya aterrorizo a la gente. Los seres humanos son tan frágiles. Si les das un buen apretón, puedes arrancarles la cabeza de cuajo. Quiero *atraer*... a alguien por una vez. Quizás debería ponerme el vestido rosa con lazos después de todo”.

Lady Alys dijo suavemente, “Estuvimos de acuerdo en que el aspecto ingenuo es para chicas mucho más jóvenes”.

“Más pequeñas, querrá usted decir”.

“Hay más de una clase de belleza. La suya necesita dignidad. Yo de usted nunca me adornaría con lazos rosa”, dijo en un tono que le pareció a Roic ligeramente desesperado.

Taura la miro, al parecer afectada. “No... supongo que no”.

“Usted simplemente atraerá hombres más valientes”.

“Oh, eso lo sé”, asintió Taura. “Simplemente... esperaba una mayor selección, por una vez”. Añadió en voz baja, “En cualquier caso, ya lo he elegido”.

Roic no pudo evitar preguntarse a *quién* se refería. Sonaba bastante triste. ¿Algún admirador muy alto, que ya no estaba con ella? ¿Más alto que Roic? No había muchos hombres que se ajustasen a esa descripción cerca.

Lady Alys redondeó la tarde guiando a su nueva protegida a un salón de te exclusivo, muy frecuentado por las señoras de más elevado rango entre los Vor. Esto demostró servir en parte como tutorial y en parte para recargar el feroz metabolismo de Taura. Mientras la sirvienta traía plato tras plato, lady Alys ofrecía un enérgico flujo de consejos sobre todo tipo de temas, desde como salir con gracia de un vehículo de superficie en un vestido ajustado, pasando por las posturas más adecuadas, comportamiento en la mesa, hasta las sutilezas de los rangos en la sociedad Vor. A pesar de su enorme escala, Taura poseía un cuerpo atlético y coordinado de modo natural y parecía mejorar conforme Roic la observaba.

Con ciertos conocimientos prácticos de caballerosidad, Roic se encontró a sí mismo apuntando unas pequeñas correcciones. Se sintió muy conspicuo y torpe al principio, hasta que se dio cuenta que, cerca de Taura, era prácticamente invisible. Aunque la gente lanzaba ojeadas desde las mesas vecinas, al menos los comentarios eran en voz baja o al menos lo suficientemente lejanos para que no se viese obligado a darse por enterado. Además, Taura estaba completamente atenta a su mentora. Al contrario que Roic, ella nunca necesitaba que le diesen la misma instrucción dos veces.

Cuando lady Vorpatril se marchó para consultar con el jefe de sirvientes sobre algún pequeño asunto, Taura se inclinó para susurrarle, “¿ella es *muy* buena en esto, no es así?”

“Sí. La mejor”.

Se sentó de vuelta con una sonrisa de satisfacción. “La gente de Miles lo son por lo general”. Observó a Roic evaluándolo.

Un sirviente condujo a una matrona Vor muy bien vestida acompañada de una niña de la edad de Nikki a una mesa cercana. La niña se paró brevemente y miró a Taura. Su mano se levantó apuntando asombrada. “Mama, mira que gigantesca...”

La madre capturó la mano, les lanzó una mirada alarmada y comenzó a reñir en voz baja a la niña indicándole que no era educado apuntar a la gente. Taura ensayó una gran sonrisa con la niña. Fue un error...

La niña gritó y enterró su cara en la falda de su madre agarrándola con desesperación. La mujer le lanzó a Taura una mirada furiosa y aterradora y condujo a la niña no hacía la mesa, sino hacia la salida. La cabeza de lady Alys recorrió todo el salón de te.

Roic miró hacia Taura y entonces deseó no haberlo hecho. Su rostro se congeló, mostró horror y finalmente se arrugo angustiado; parecía al borde de las lágrimas, pero se las apañó para evitarlas aspirando largamente y conteniendo la respiración durante un momento.

Roic se puso en tensión para saltar -- ¿Dónde? -- En lugar de ello se recostó impotente en su silla. ¿No le había detallado milord *concretamente* que evitase este tipo de situaciones?

Tragando saliva, Taura controló de nuevo su respiración. Estaba tan pálida como si la hubiesen herido clavándole un cuchillo. Aún así, ¿qué podía hacer? No podía sacar su aturridor y despachurrar el aterrorizado hijo de alguna lady...

Lady Alys, asimilando el incidente, se recuperó rápidamente. Con un gesto especial a Roic, se sentó de nuevo en su silla. Intento aligerar la tensión del momento con algún comentario ligero, pero la reunión no recupero su tono alegre anterior; Taura siguió intentando encogerse y parecer más pequeña en su silla, un ejercicio fútil, y en cuanto empezaba a sonreír, paraba de inmediato e intentaba colocar su mano sobre la boca.

Roic deseó estar patrullando de nuevo los callejones de Hassadar.

Roic regresó con su carga a la mansión Vorkosigan sintiéndose como si le hubiesen pasado por un escurridor. Hacia atrás. Varias veces. Se esforzó por ver a través de la torre de cajas de ropa que llevaba --- el resto se las enviaría, según había asegurado la señora Estelle a Taura -- y consiguió no dejarlas caer cuando atravesó las puertas talladas. Bajo las directrices de lady Vorpatril, les entregó las cajas a un par de doncellas, que se las llevaron rápidamente.

La voz de milord entró como una bocanada desde la antesala a la biblioteca. “¿Eres tú, tía Alys? Estamos aquí”.

Roic se escabulló apenas entre las dos mujeres justo a tiempo para ver como milord presentaba a la sargento Taura su prometida, la señora Ekaterin Vorsoisson. Al parecer como a todo el mundo, excepto a él, parecía que la habían avisado con antelación; ella ni siquiera pestañeó, teniendo una mano a la inmensa mujer galáctica y ofreciéndole una bienvenida impecablemente educada. La futura milady parecía fatigada esta tarde, aunque podía ser en parte debido al vestido gris apagado de medio luto que vestía y a su pelo oscuro recogido en un severo nudo. Sin embargo, el vestido hacía juego con los trajes grises de civil que le gustaban a milord, causando el efecto de que eran dos jugadores del mismo equipo.

Milord miró el nuevo conjunto verde con entusiasmo no disimulado. “¡Un trabajo espléndido, tía Alys! Sabía que podía contar contigo. Tienes un aspecto sensacional con ese pelo, Taura”. Dijo intentando mirar hacia arriba.

“¿Tienen los médicos de la flota algún nuevo tratamiento contra el envejecimiento? No veo nada de gris. ¡Fantástico!”

Ella dudó, y entonces respondió, “No, tan sólo conseguí un tinte personalizado a juego”.

“Ah”. Miles realizó un movimiento de disculpa, como si intentase borrar sus últimas palabras. “Bien, tienes un aspecto encantador”.

Nuevas voces llegaron del vestíbulo de entrada cuando el soldado Pym hizo pasar a un invitado.

“No es necesario que me anuncies, Pym”.

“Está justo allí, señor. Lady Alys acaba de llegar”.

“Mejor aún”.

Simon Illyan (SegImp, retirado) entró diciendo estas palabras, se inclinó para besar la mano de lady Alys, la rodeó con su brazo mientras se ponía derecho. Ella le sonrió cariñosamente, y él la acercó a su lado. Él, también, absorbió su presentación de la altísima sargento Taura con una calma ecuánime, inclinándose sobre su mano y diciendo, “Estoy encantado de tener la ocasión de encontrarla por fin, sargento. Espero que su estancia en Barrayar haya sido placentera hasta este momento”.

“Sí, señor” respondió con un sonido ronco, aparentemente controlando su impulso de saludarle tan sólo porque él aun le sujetaba la mano. Roic no la culpó; Él también era más alto que Illyan, pero el formidable antiguo jefe de Seguridad Imperial hacía que quisiese saludar, y él ni siquiera había sido militar. “Lady Alys ha sido maravillosa”. Al parecer nadie iba a mencionar el desafortunado incidente del salón de te.

“No me sorprende. Oh, Miles”, continuó Illyan, “Acabo de venir de la Residencia Imperial. Llegaron buenas noticias cuando estaba despidiéndome de Gregor. Lord Vorbataille ha sido arrestado esta tarde en el espaciopuerto de Vorbarr Sultana, intentaba dejar el planeta disfrazado”.

Milord suspiró aliviado. “Eso pondrá fin a este feo caso. Temía que iba a prolongarse durante la feria de invierno”.

Illyan sonrió. “Me preguntaba si eso tendría algo que ver con la energía con la que lo has abordado”.

“Ehh. Debo darle a Gregor el beneficio de la duda y suponer que no tuvo en cuenta ese plazo personal cuando me lo asignó. El asunto se complicó de forma inesperada”.

“¿De qué caso habláis?” Preguntó la sargento Taura.

“Mi nuevo trabajo como uno de los nueve Auditores Imperiales para el emperador Gregor se convirtió inesperadamente en una investigación criminal hace un mes o así”, explicó milord. “Descubrimos que Lord Vorbataille, heredero de un conde – como yo -- de uno de los distritos meridionales se había visto involucrado en una red jacksoniana de contrabando. O, posiblemente había sido sobornado por ellos. En cualquier caso, cuando sus pecados le alcanzaron estaba ya metido hasta las cejas en delitos de tráfico ilegal, secuestro y asesinato. Malas compañías que, me

complace decir, están ahora fuera de la circulación. Gregor está planteándose enviar a los jacksonianos a casa en una caja, convenientemente congelados; dejando que sus patrocinadores decidan si vale la pena revivirlos. Si finalmente se prueban los cargos contra Vorbataille, como creo que pasará... en el bien de la memoria de su padre, se le permitirá que se suicide en su celda”. Dijo milord haciendo una mueca. “Si no es así, tendremos que convencer el Consejo de los Condes para que apruebe algún tipo de redención más directa para el honor de los Vor. No podemos permitir que nos salpique un caso de corrupción de ese nivel”.

“Gregor está muy complacido con tu trabajo en este caso” Remarcó Illyan.

“Apuesto a que sí. Estaba lívido con el asunto del secuestro de *la Princesa Olivia*, tal y como el subestimó el caso. Una nave desarmada, todos esos pobres pasajeros muertos – Dios, qué pesadilla.”

Roic escuchó toda la conversación con un poco de nostalgia. Opinaba que debería haberse ocupado más del tema el mes pasado cuando milord estaba metido en este caso de altos vuelos, pero Pym no le había asignado al caso. Estaba claro que alguien tendría que permanecer de guardia en la mansión Vorkosigan. Semana tras semana...

“Pero basta de hablar de temas desagradables” – milord captó la mirada agradecida de la señora Vorsoisson – “Volvamos a temas más alegres. ¿Por qué no acabas de abrir el siguiente paquete, querida?”

La señora Vorsoisson se volvió hacia la mesa repleta para continuar la tarea que había interrumpido la llegada de los invitados. “Aquí está la tarjeta. Oh. ¿Otra vez la almirante Quinn?”

“Quizás este es para maquillar el ... Oh, Dios mío. Ya lo creo. ¡Y proveniente de la Tierra!”. Dijo mientras extraía de una pequeña caja un collar triple de perlas idénticas y lo sostenía frente a su garganta. “Otro collar ... oh, que bonito”. Durante un momento, dejó que las esferas iridiscentes se alineasen sobre su cuello sosteniendo los dos extremos del cierre a sus espaldas.

“¿Quieres que te lo abroche?” Preguntó el novio.

“Tan sólo un momento...” Inclino su cabeza y milord manipuló un momento el cierre en su nuca. Ella caminó hacia el espejo situado sobre la chimenea apagada, dándose la vuelta para observar a la luz el exquisito adorno y dirigirle una mirada burlona a milord. “Creo que quedará perfectamente con lo que voy a llevar pasado mañana. ¿No es así, Lady Alys?”.

Lady Alys inclinó su cabeza y dijo sardónicamente. “¿Cómo? Sí, por supuesto”.

Milord asintió al oír esta aprobación de una autoridad de mayor rango. La mirada que intercambiaron con su prometida fue menos descifrable para Roic, pero parecía muy complacido, incluso aliviado. La sargento Taura, observando el incidente, frunció el ceño incomoda.

La señora Vorsoisson se quitó el collar y lo devolvió a su caja forrada de terciopelo, donde brillaba suavemente. “Miles, creo que deberíamos dejar que nuestros invitados se refrescaran antes de la cena”.

“Oh, sí. Excepto que necesito hablar con Simon un momento. ¿Nos perdonan un instante? Habrá bebidas en la biblioteca de nuevo cuando estén todos listos. Qué alguien se lo diga a Arde. ¿Dónde está Arde?”

“Nikki lo capturó y se lo llevó”, dijo la señora Vorsoisson. “Probablemente tendré que ir a rescatar al pobre hombre”.

Milord y Illyan se retiraron a la biblioteca. Lady Alys escoltó a Taura afuera, presumiblemente para un último seminario sobre etiqueta barrayerana antes de la inminente cena con el conde y la condesa Vorkosigan. Taura echó un último vistazo a la novia todavía frunciendo el ceño. Roic observó con cierto alivio cómo salía la gigantesca mujer, distraído por una súbita especulación sobre cómo sería patrullar las calles de Hassadar con ella.

“Milady – Quiero decir, señora Vorsoisson” Comenzó a decir Roic en el momento en que ella se giraba para irse.

“Que sea breve”. Dijo mientras se volvía con una sonrisa.

“¿Qué hay de ..., quiero decir, cuántos años tiene la sargento Taura?, ¿lo sabe usted?”

“Unos veintiséis años estándar, creo”.

Un poco más joven que Roic, de hecho. Le pareció injusto que la mujer galáctica pareciese mucho más... complicada. “Entonces, ¿por qué su cabello se está volviendo gris? Si ha sido creada mediante bioingeniería, creía que ellos se habrían ocupado de esos detalles”.

La señora Vorsoisson hizo un ligero gesto de disculpa. “Creo que ese es un asunto privado para ella que no estoy en disposición de discutir”.

“Oh”. Dijo Roic arrugando la frente desconcertado. “¿De dónde proviene?, ¿dónde conoció a milord?”

“En una de sus viejas operaciones encubiertas según me dijo. La rescató de unas instalaciones de bioingeniería particularmente asquerosas en el planeta Jackson’s Whole. Estaban tratando de desarrollar un supersoldado. Tras liberarse de su esclavitud se convirtió en una compañera especialmente valiosa del equipo de operaciones”. Añadió tras reflexionar un momento, “Y una amante ocasional. También especialmente valorada, según creo”.

Roic se sintió súbitamente muy... rural. Pueblerino. No a la altura de las sofisticadas, casi galácticas vidas de los Vor de la capital. “Ehh... ¿Se lo dijo él?, ¿y... a usted le parece bien?” Se preguntó si conocer a la sargento Taura la había afectado más de lo que dejaba entrever.

“Eso ocurrió antes de que nos conociéramos, Roic”. Su sonrisa se curvó ligeramente. “De hecho no sabía si estaba confesándomelo o presumiendo, pero ahora que la he visto, prefiero pensar que estaba presumiendo”.

“Pero – Cómo pudo... Quiero decir, ella es tan alta, y él es tan...”

En ese momento sus ojos se estrecharon riéndose de él aunque sus labios permanecieron inmóviles. “No me dio tantos detalles, Roic. No hubiese sido caballeroso”.

“¿Para usted? No, creo que no”.

“Para ella”.

“Oh. Oh. Hmm, Claro”.

“Por lo que tengo entendido, la diferencia de estatura no es tan importante cuando dos personas están tendidas. Creo que estará de acuerdo conmigo”. Con una sonrisa que Roic no se atrevió a interpretar al señora Vorsoisson se marchó en busca de Nikki.

Casi una hora después, Roic se sorprendió cuando Pym le ordenó a través del comunicador de muñeca que trajese el vehículo de superficie. Lo aparcó delante de la puerta cochera, entró en el vestíbulo enlosado y encontró a milord ayudando a la señora Vorsoisson con los envoltorios.

“¿Estás seguro de que no quieres que vaya contigo?” Le preguntó milord ansiosamente, “Me gustaría acompañarte y asegurarme de que llegas a casa sin problemas”.

La señora Vorsoisson se tocó la frente con la mano. Su rostro estaba pálido y húmedo, casi verdoso. “No. No, Roic me llevará hasta allí. Vuelve con nuestros invitados. Han venido de tan lejos, y tú tendrás tan poco tiempo para verlos. Siento causarte tantas molestias. Transmíteles mis más sinceras disculpas al conde y a la condesa”.

“Si no te sientes bien, no te sientes bien. No te disculpes. ¿Crees que has cogido algo? Puedo enviarte alguno de nuestros médicos”.

“No lo sé. Espero que no, ¡No ahora! Seguramente sólo será un dolor de cabeza”. Dijo mordiéndose los labios. “Creo que no tengo fiebre”.

Él alargó la mano para tocarle la frente; ella hizo una mueca de dolor. “No, no estás caliente. Pero estás sofocada”. Él dudo y le preguntó más directamente “¿Crees que serán los nervios?”

Ella dudo también antes de responder. “No lo sé”.

“Tengo toda la logística de la boda bajo control. Lo único que tienes que hacer es acudir”.

Su sonrisa se hizo más dolorosa. “Y no tropezar”.

Él guardó silencio durante más tiempo en esta ocasión. “Sabes, si decides que no puedes con ello, puedes pedir que paremos. En cualquier momento. Hasta el final. Espero que no lo hagas, por supuesto. Pero quiero que lo sepas”.

“¿Qué?, ¿con el emperador y la emperatriz invitados? Creo que no”.

“Puedo encargarme de ello, si hace falta”. Dijo tragando saliva. “Sé que dijiste que querías una boda pequeña, pero no me di cuenta de que querías decir *diminuta*. Lo siento”.

Ella dejó escapar un suspiro de algo parecido a exasperación. “Miles, Te quiero cariño, pero si tengo que comenzar a vomitar, prefiero llegar primero a casa”.

“Oh. Sí. Roic, por favor” Dijo a su soldado.



Roic tomó a la señora Vorsoisson del brazo y notó que temblaba.

“Mandaré a Nikki a casa sano y salvo con uno de los soldados después de los postres, o hasta que haya acabado con Arde. Llamaré a tu casa y les haré saber que vas de camino”. Dijo milord mientras nos íbamos.

Ella hizo un gesto de reconocimiento; Roic la ayudó a subir al compartimento trasero del vehículo y cerró el dosel. Su figura se sentó en las sombras, con la cabeza entre las manos.

Milord se mordió los nudillos y miró angustiado mientras se cerraban las puertas ante él.

El turno de noche de Roic se vio interrumpido por la mañana cuando el comandante de guardia del conde le llamó por su comunicador de muñeca y le ordenó que acudiese al vestíbulo frontal a toda prisa; uno de los invitados de milord quería salir a hacer algo de ejercicio.

Llegó, arreglándose la chaqueta, para encontrar a Taura inclinándose y levantándose en una vigorosa serie de ejercicios de calentamiento bajo la perpleja mirada de Pym. Al parecer, la modista de lady Alys no se había ocupado de proporcionarle ropa de ejercicio, porque la enorme mujer iba vestida con un sencillo y gastado uniforme de trabajo, aunque en esta ocasión de gris, en lugar de rosa chillón. El tejido se abultaba con las suaves curvas de una musculatura que, sin ser voluminosa, sí parecía muy poderosa. La trenza a sus espaldas tenía un aspecto alegre y deportivo en este contexto más comfortable.

“Oh. Soldado Roic, buenos días”, dijo mientras comenzaba a sonreír y, entonces, levantó la mano para cubrirse la boca.

“Usted no tiene que...” Comenzó a decir Roic. “No tiene por que hacer eso por mí. Me gusta su sonrisa”. Se dio cuenta que, después de todo, no era una mentira dicha por educación. *Ahora que me estoy acostumbrando.*

Sus colmillos destellaron. “Espero que no le sacaran de la cama. Miles me dijo que su gente usaba el sendero alrededor de este edificio como pista de entrenamiento, dado que tiene un kilometro. No creo que me hubiese perdido”.

Roic interceptó la mirada lanzada por Pym. No le habían llamado para evitar que la invitada de milord se perdiese; se le había ordenado para que se encargase de cualquier altercado que pudiesen causar los sorprendidos conductores de Vorbarr Sultana estrellando sus vehículos o chocando unos con otros al ver a la sargento Taura”.

“Ningún problema”, dijo rápidamente Roic. “Solemos usar el salón de baile como gimnasio cuando hace este clima, pero está siendo decorado para la recepción. Así que voy un poco retrasado en mis entrenamientos de este mes. Será un cambio agradable poder dar unas vueltas con alguien no tan mayor, hmm, quiero decir, no mucho más bajo que yo”. Dijo mientras lanzaba una furtiva mirada a Pym.

La fría sonrisa de Pym prometía venganza por esta pequeña broma mientras abría las puertas. “Divertíos, niños”.

Un viento mordiente borró toda la fatiga nocturna de Roic. Condujo a Taura pasando por delante del guarda de la puerta principal y giró a la derecha a lo largo del alto muro gris. Después de unos pocos pasos, ella se relajó y comenzó a trotar con facilidad. Tras unos minutos Roic ya lamentaba su pequeña pulla sobre la edad de Pym; las largas piernas de Taura parecían comerse los kilómetros. Roic intentaba mantener un ojo en el tráfico matutino, afortunadamente aún escaso, y concentraba el resto de su atención en no hacer quedar mal a la casa Vorkosigan cayendo convertido en un bulto jadeante. Los ojos de Taura brillaban de alegría mientras corría, como si su espíritu se expandiera en su cuerpo al mismo tiempo que su cuerpo se estiraba para hacerle sitio.

Media docena de vueltas apenas la afectaron; pero por fin aminoró su paso, quizás por compasión con su guía. “Demos un vuelta por el jardín para relajarnos” dijo mientras Roic trataba de recuperar el aliento. El jardín de la señora Vorsoisson, que ocupaba un tercio de la finca y era su regalo de boda para milord, era una de las cosas ocultas tras los muros y setos que los separaban de la calle. Esquivaron las barreras que impedían temporalmente el paso hasta después de la boda.

“Oh, Dios mío”, dijo Taura en cuanto redujeron la marcha mientras descendían entre pequeños promontorios. Un frío arrollo, cuya agua corría negra y sedosa entre delicados dedos de hielo, circulaba graciosamente de un extremo a otro. La luz del amanecer de color melocotón hacía temblar el hielo en los jóvenes árboles y arbustos sombreados de azul. “Es tan bello. No esperaba un jardín tan bonito en invierno. ¿Qué están haciendo esos hombres?”

Un grupo de trabajadores estaba descargando algunos palés cargados de cajas de todos los tamaños con la marca FRAGIL. Otro par de trabajadores iba de un lado a otro con mangueras, humedeciendo ciertas ramas seleccionadas marcadas con etiquetas amarillas, creando carámbanos aún más delicados. Las formas de la vegetación nativa de Barrayar eran aún más luminosa y exóticas con aquellos reflejos plateados.

“Están desembalando todas las esculturas de hielo. Milord ordenó flores de hielo y criaturas esculpidas y todo tipo de cosas para llenar el jardín, dado que la mayoría de las plantas están cubiertas por la nieve. Y más nieve fresca, por si no fuese suficiente la que hay. No descubrirán las flores naturales para la ceremonia hasta el último momento, a última hora de mañana por la mañana”.

“¡Cielo santo! ¿Van a celebrar la boda en el jardín con este tiempo? Se trata de una costumbre de Barrayar, ¿No es así?”

“Hmm, no. No exactamente. Creo que milord quería celebrar la boda en otoño, pero al señora Vorsoisson no estaba preparada todavía. Pero ha puesto todo su corazón en que la boda se celebre en el jardín, dado que es de ella. Así que, pase lo que pase, la boda será en el jardín. La idea es que los invitados se reúnan en la mansión Vorkosigan, salgan al jardín para celebrar los votos, y vuelvan adentro para la recepción, la comida, el baile y todo lo demás”. *Y también tratar los casos de hipotermia y congelación.* “Supongo que todo saldrá bien si el día amanece despejado”. Roic decidió

guardarse para sí cualquier comentario sobre los posibles desastres inherentes a la celebración de la boda en este escenario. Los empleados de la mansión Vorkosigan se habían unido en el esfuerzo para que este excéntrico plan de boda funcionase.

Los ojos de Taura centellearon a la luz del amanecer filtrada ahora por los edificios de la ciudad que les rodeaba. “Apenas si puedo esperar para probarme el vestido que lady Alys me consiguió para la ceremonia. Las ropas de las damas de Barrayar son tan interesantes. Pero complicadas. En cierto modo, supongo que son otro tipo de uniforme, pero no se si sentirme como un recluta o como un espía enemigo. Bien, supongo que las verdaderas damas me dispararán en cualquier caso. Hay tantas cosas que aprender sobre como comportarse – aunque supongo que todo esto debe parecerle ridículamente fácil. Creció con ello.”

“No crecí con *esto*”. Dijo Roic mientras movía su mano en dirección al imponente edificio de piedra de la mansión Vorkosigan que se elevaba sobre los altos y desnudos árboles de la finca. “Mi padre era solo un obrero en Hassadar – quiero decir, el distrito Vorkosigan de la capital, justo a este lado de las montañas Dendarii, unos kilómetros al sur de aquí. Se estaban construyendo un montón de edificios allí. Me ofreció que aprendiese su oficio, pero tuve la oportunidad de convertirme en guardia de calle y la aproveché – Para ser sincero, fue como un impulso. Tenía sólo dieciocho años y no tenía ni idea de cómo funcionaban las cosas. Seguramente he aprendido un montón desde entonces”.

“¿Qué guarda un guardia callejero?, ¿calles?”

“Entre otras cosas. Toda la ciudad, de hecho. Haces lo que tienes que hacer. Ordenar el tráfico, después de que se haya convertido en un completo atasco. Tratar los problemas de la gente, intentar que no maten a sus familiares o, si no puedes conseguirlo, limpiar el desorden después de que haya sucedido. Rastrear mercancías robadas, si tienes suerte. Patrullé un montón por la noche. Aprendí a manejar aturdidores y porras y a borrachos enormes y hostiles. Era bastante bueno en ello, después de unos pocos años”.

“¿Cómo acabaste aquí?”

“Oh... hubo un pequeño incidente...” Dijo avergonzado. “Un delincuente enloquecido intento disparar con una pistola de agujas en la plaza de Hassadar en hora punta. Yo, hmm, conseguí arrebatársela”.

“¿Con un aturdidor?” dijo Taura levantando sus cejas.

“No, desafortunadamente estaba fuera de servicio en aquel momento. Tuve que hacerlo con mis propias manos”.

“Es un poco arriesgado llegar a las manos con alguien que está disparando una pistola de agujas”.

“Sí, eso fue un problema”.

Sus labios se curvaron, o al menos sus colmillos de marfil se alargaron.

“Me pareció que era lo mejor que podía hacer en aquellos momentos, aunque más tarde me pregunté en qué demonios habría estado pensando.

No creo que estuviese pensando. En cualquier caso, tan sólo logró matar a cinco personas en lugar de a cincuenta y cinco. La gente pareció pensar que fue un gran logro, pero supongo que no será nada comparado con lo que usted ha podido ver ahí afuera”.

Miró hacia arriba intentando indicar las distantes estrellas, aunque el cielo fuese ahora de un color azul pálido.

“Eyy, puedo ser grande, pero no soy a prueba de agujas. Odio el ruido chillón que hacen cuando pasan zumbando cerca de ti, incluso aunque sepa que esas son las que han *fallado*”.

“Sí”, estuvo de acuerdo Roic. “En cualquier caso, después del incidente hubo un estúpido jaleo y alguien me recomendó al propio comandante de los soldados de milord, Pym, y aquí estoy”. Dijo echando un vistazo al jardín de cuento de hadas que le rodeaba. “Creo que era más adecuado para las calles de Hassadar”.

“No, a Miles siempre le gusta tener a los mejores con él. Le evita un montón de pequeñas molestias. Aunque aún tenemos que abordar las grandes molestias cuando se presentan”.

Tras un momento Roic preguntó, “¿cómo se convirtió en, hmm, guardaespaldas de milord?”

“Me resulta una forma tan curiosa de pensar en él. Para mí siempre será el pequeño almirante. Fundamentalmente, intimidó a la gente Y, si tengo que hacerlo, sonrió”.

“Pero tu sonrisa es realmente agradable”, protestó, y consiguió no añadir en voz alta *una vez te has acostumbrado a ella*. Estaba logrando evitar hacer este tipo de comentarios inconvenientes.

“Oh, no. La *otra* sonrisa”. Dijo haciendo una demostración, retrayendo sus labios y haciendo su mandíbula más prominente. Roic tuvo que admitir que se trataba de una sonrisa mucho más *amplia*. Y, hmm, más *afilada*. En aquel momento, en su camino de vuelta, pasaban al lado de un trabajador; éste, jadeo y calló hacia atrás sobre un montón de nieve. Con reflejos de relámpago Taura se adelantó y cogió la pesada escultura de hielo de un zorro de tamaño natural antes de que golpeará el pavimento y se hiciese pedazos. Roic levantó al balbuceante trabajador y le ayudó a sacudirse la nieve de la parka mientras Taura le devolvía el elegante adorno alabando su belleza.

Roic consiguió no ahogarse con su risa contenida hasta que ambos se habían alejado del trabajador. “Ya veo lo que quieres decir. ¿Alguna vez ha fallado?”

“De vez en cuando. La siguiente fase consiste en coger al tipo recalcitrante por el cuello. Dado que mis brazos son invariablemente más largos que los suyos, se retuercen como locos pero no pueden alcanzarme. Resulta bastante frustrante para ellos”.

“¿Y después de eso?”

“Preferentemente aturdidor” añadió sonriendo.

“Ehh. Claro”.

Inconscientemente habían acabado caminando lentamente recorriendo los senderos del jardín. Como cuando vas de tiendas, pensó Roic. “¿Cuánto peso puede levantar?”

“¿Con o sin adrenalina?”

“Oh, digamos que sin”.

“Doscientos cincuenta kilos, si logro un buen agarre y una buena postura”.

Roic emitió un silbido de aprobación. “Si alguna vez quiere dejar el negocio de los mercenarios, se me ocurre un equipo de lucha que le daría la bienvenida. Mi hermano pertenece a uno de ellos, en Hassadar. Aunque bien pensado, milord sería una referencia más influyente”.

“La verdad es que no me había planteado nunca en esa posibilidad”. Dijo frunciendo los labios, y sus cejas se inclinaron de modo divertido. “Pero no. Espero seguir en el negocio de los mercenarios, como los has llamado, hasta... durante el resto de mi vida. Me gusta ver nuevos planetas. Me está gustando este. Nunca lo hubiese imaginado”.

“¿Cuántos planetas has visitado?”

“Creo que he perdido la cuenta. Solía saberlo. Docenas. ¿Cuántos has visitado tú?”

“Tan sólo este”, admitió. “Aunque si se trabaja para milord este parece estar creciendo haciéndome sentir mareado. Es cada vez más complicado. ¿Tiene esto algún sentido?”

Ella echó atrás la cabeza y rompió a reír. “Así es nuestro Miles. La almirante Quinn siempre decía que le seguiría hasta el infierno tan sólo por ver qué ocurría después”.

“Espera –, ¿esta Quinn de la que hablas es *una* almirante?”

“Ella era comandante cuando la conocí. El segundo cerebro táctico más agudo que he tenido el privilegio de conocer. Las cosas pueden ponerse complicadas, si sigues a Elli Quinn, pero puedes estar seguro de que no acabarán pareciendo *estúpidas*. No llegó a la cumbre acostándose con nadie, sólo los imbéciles lo dicen”. Dijo sonriendo brevemente. “Eso tan sólo suponía un extra. Algunos pueden decir que de él, pero yo diría que de ella”. Los ojos de Roic casi se cruzaron tratando de desentrañar lo que acababa de oír. “¿Quieres decir que milord fue su amante, tam...?” Dijo logrando cortar el *también* no totalmente a tiempo, y sonrojándose. Al parecer la carrera de milord en operaciones encubiertas había sido más... *complicada* de lo que nunca había imaginado.

Taura ladeó su cabeza y lo miró frunciendo los ojos. “Ese es mi tono favorito de rosa, Roic. *Eres* un chico de pueblo, ¿No es así? La vida es incierta ahí afuera. Las cosas pueden ponerse feas, rápidamente y en cualquier momento. La gente aprende a coger lo que puede, cuando puede. Durante un tiempo. Tan sólo pasamos un buen rato, a nuestro modo”. Dijo suspirando. “Sus caminos se separaron cuando fue horriblemente herido y tuvo que abandonar SegImp. Él no podía volver, y ella no podía venir aquí. Elli Quinn no puede echarle la culpa a nadie salvo a sí misma por las oportunidades que desaprovechó. Aunque admito que algunas personas han

nacido con más oportunidades que desperdiciar que otras. Quiero decir que debes coger las que se te ofrecen, salir corriendo y no mirar atrás”.

“¿Por si alguien se te adelanta?”

“Sé perfectamente lo que se me está adelantando”. Su sonrisa brilló con un tono extraño en esta ocasión. “En cualquier caso, Quinn puede ser más bonita, pero yo siempre seré más alta”. Asintió satisfecha. Y añadió mientras le miraba, “Te garantizo que a Miles le gusta tu altura. Es un tema especial cuando se trata de él. Conozco a oficiales de reclutamiento de tres géneros distintos que se desvanecerían al ver tus hombros, también”.

Roic no tenía la menor idea de cómo responder a eso. Tan sólo espero que a ella estuviese disfrutando de su tono rosa. “Milord piensa que soy un estúpido”, dijo abatido.

Levanto las cejas. “Seguro que no”.

“Oh sí. No tienes ni idea de cómo la lié”.

“Le he visto perdonar líos que pusieron sus entrañas sanguinolentas en el techo. Literalmente. El tuyo tiene que ser muy grande para superar eso. ¿Cuánta gente murió?”

Si lo miras desde ese punto de vista... “Nadie”, admitió. “Tan sólo desearía haberlo hecho yo”.

Sonrió comprensivamente. “Ah, un lío de esos. Oh, vamos, cuéntamelo”.

Él dudo. “¿Conoces esas pesadillas en las que te encuentras caminando desnudo por una plaza pública, o enfrente de tus profesores o algo parecido?”

“Mis pesadillas tienden a ser un poco más exóticas, pero sí”.

“Pues, no era una pesadilla, allí estaba yo... El pasado verano, el hermano de milord, Mark, trajo a la mansión a un maldito biólogo escobarano, el doctor Borgos, reclutó a algunas personas más, y los puso en los sótanos de la mansión Vorkosigan. Se trataba de una inversión. El biólogo fabricaba bichos. Y los bichos fabricaban manteca de bicho. Toneladas de manteca. Era una sustancia blanca y viscosa, comestible, hasta cierto punto. Averiguamos que el biólogo había huido de Escobar mientras estaba en libertad bajo fianza – por fraude, ninguna sorpresa -- cuando los detectives que habían mandado para arrestarle aparecieron y nos convencieron de que les dejásemos entrar en la mansión Vorkosigan. Naturalmente, escogieron para llegar un momento en el que no había casi nadie. Lord Mark y las hermanas Koudelka, quienes estaban involucrados en el plan de la manteca de bicho, se pusieron a pelear con ellos cuando intentaron llevarse a Borgos, y el personal de la mansión me despertó para intentar arreglarlo. Todo fue tan rápido que no me dio tiempo ni a coger los pantalones de mi uniforme. Acababa de irme a dormir... Martya Koudelka alega que era fuego amigo, pero yo no estoy de acuerdo. Estaba echando a todo el mundo por la puerta cuando milord llegó acompañado de la señora Vorsoisson y sus familiares. Acababan de prometerse y milord quería causarles una buena impresión... Fue una impresión inolvidable, te lo garantizo. Yo llevaba puestos mis

calzoncillos, las botas y unos cinco kilos de manteca de bicho, y estaba intentando apañármelas con todos esos maniacos viscosos y gritones...”

Un sonido camuflado escapó de la boca de Taura. Tenía su mano sobre la boca, pero esto no la estaba ayudando; todavía se escapaban pequeños chillidos de su boca. Sus ojos estaban brillantes.

“Juro que no hubiese sido ni la mitad de malo si hubiese tenido mis calzoncillos hacia atrás y la pistolera de mi aturdidor hacia delante. Todavía puedo oír la voz de Pym...” dijo imitando los tonos más secos del soldado jefe: “El arma debe llevarse siempre en el lado derecho, soldado.”

Ella se rió en voz alta y lo miró de arriba a abajo de una forma un tanto inquietante. “Ha sido una descripción fabulosa, Roic”.

A pesar de sí mismo, Roic sonrió. “Supongo que sí. No sé si milord me ha perdonado, pero estoy seguro de que Pym no lo ha hecho”. Suspiró. “Si ves uno de esos malditos bichos vomitones por ahí, cháfalo nada más verlo. Asquerosos mutantes de bioingeniería, mátalos antes de que se multipliquen”.

Su risa se paró en seco.

Roic repitió mentalmente su última frase e hizo el desagradable descubrimiento de que uno puede estropear las cosas mucho más con las palabras que con dudosos productos alimenticios, o posiblemente incluso con pistolas de agujas. No se atrevió a mirarla cara a cara. Se forzó a mirar hacia delante.

La cara de Taura estaba perfectamente serena, perfectamente pálida y perfectamente inexpresiva. Perfectamente horrible.

*¡Me refería a esos bichos diabólicos, no a ti!* Fue la estupidez que consiguió evitar decir por poco, puesto que le hubiese causado aún más dolor. No se le ocurrió ninguna forma de pedirle disculpas que no lo estropease todo aún más.

“Ah, sí”, dijo ella por fin. “Miles me avisó de que los barrayeranos tienen unas ideas bastante negativas sobre la manipulación genética. Lo había olvidado”.

*Y yo acabo de recordártelo.* “Estamos mejorando”, intentó.

“Felicidades”. Inhaló largamente. “Entremos. Me estoy enfriando”.

Roic se puso en tensión inmediatamente. “Hmm. Claro”.

Ambos caminaron hacia la puerta en silencio.

Roic durmió durante todo el día, tratando de forzar a su cuerpo a retornar al turno de noche que, como soldado junior, le habían asignado durante esta feria de invierno. Lamentaba no poder ver cómo milord enseñaba Vorbarr Sultana a sus invitados galácticos y a sus futuros familiares. Hubiese sido fascinante ver cómo se relacionaban dos grupos tan dispares. La familia de la señora Vorsoisson, los Vorvaynes, eran Vor sólidamente provincianos del tipo que Roic recordaba como los normales de su clase antes de entrar al servicio del entorno de mayor rango de la casa Vorkosigan. Milord, bueno... milord no

era estándar en función de ningún estándar. Los cuatro hermanos Vorvayne, aunque necesariamente estaban orgullosos con el ascenso social de su hermana viuda, claramente encontraban a milord bastante inquietante. A Roic le hubiese gustado ver que opinaban de Taura. Su mente se diluyó en un sueño que incluía un vago escenario en el cual su cuerpo se interponía entre ella y algún tipo de afrenta social indefinida. Quizás entonces se daría cuenta de que no se había referido a ella con aquel horrible patinazo...

Se despertó al anochecer e hizo una incursión a las enormes cocinas de la mansión Vorkosigan situadas en el piso inferior. Normalmente la genial cocinera de milord, Ma Kosti, dejaba deliciosas sorpresas en el refrigerador del personal y siempre esperaba oír algún tipo de cotilleo, pero esta noche su selección era escasa y su atención personal inexistente. El lugar estaba inmerso en la preparación final del gran acontecimiento de mañana, y Ma Kosti, a la cabeza de sus ayudantes de cocina, dejó claro que nadie por debajo del rango de conde, o puede que de emperador, tenía mucho que decir en este momento. Roic recargó combustible y se retiró rápidamente.

Por lo menos la cocina no tenía que encargarse además de la cena formal. Milord, el conde y la condesa, y todos los invitados habían acudido a la Residencia Imperial para el baile y la hoguera de la feria de invierno, que eran el núcleo de las festividades que celebraban la noche del solsticio y el cambio de estación. Cuando todos ellos se fueron, Roic se quedó con toda la inmensa mansión Vorkosigan para él sólo, si exceptuamos el rumor que llegaba desde la cocina y a los sirvientes corriendo para completar las decoraciones y los arreglos de última hora en los salones, el gran comedor y el poco usado salón de baile.

Por eso se sorprendió bastante cuando, alrededor de una hora antes de la medianoche, el guardián de la puerta le llamó para que abriese la puerta principal. Quedó incluso más sorprendido cuando un pequeño coche de aspecto oficial entró por la puerta cochera y milord y la sargento Taura salieron del mismo. El coche se marchó con un zumbido, y sus pasajeros entraron en el vestíbulo, sacudiéndose el aire frío de sus abrigos y entregándoselos a Roic.

Milord estaba vestido con su más elaborada versión del uniforme marrón y plateado de la casa Vorkosigan, adecuado cuando el heredero de un conde asistía a alguna reunión con el emperador, completado con brillantes botas de montar hasta la rodilla echas a medida. Taura vestía una ajustada chaqueta con bordados rojizos rematada en un cuello con un breve encaje, una falda a juego que le llegaba hasta los tobillos y unas botas de cuero rojizo. Roic deseó haber podido ver su entrada en el baile imperial de la feria de invierno, y haber oído lo que el emperador y la emperatriz habían dicho al conocerla...

“No, estoy bien”, le estaba diciendo Taura a milord. “Pude ver el palacio y el baile – fue maravilloso – ya es suficiente. Tan sólo ocurre que me levante al alba, y para ser sincera, creo que todavía noto los efectos del viaje. Ve con la novia. ¿Todavía está enferma?”

“Ojalá lo supiese”. Milord hizo una pausa tres escalones por encima de Taura y se apoyó en la barandilla para hablar con ella cara a cara, quién lo



estaba observando con preocupación. “Ella no estaba segura ni siquiera la semana pasada de asistir a la hoguera del emperador esta noche, aunque pensé que podría ser una buena distracción. Insistió en que estaba bien cuando hablé con ella antes. Pero su tía Helen dice que está destrozada, llorando escondida en su habitación. Esto no es típico de ella. Pensaba que era capaz de soportarlo todo. Oh, Dios, Taura. Pienso que lo he estropeado todo con esta boda... Le he metido prisas, y ahora todo se está viniendo abajo. No puedo imaginarme cómo debe estar afectándola físicamente el estrés”.

“Tranquilízate, maldita sea, Miles. Mira. ¿Me contaste que su primer matrimonio fue un desastre, no?”

“No tanto como para incluir golpes y ojos morados. Tanto como para chuparte la sangre gota a gota durante años puede que sí. Tan sólo vi el final. A esas alturas era bastante espantoso”.

“Las palabras pueden cortar más que los cuchillos. Ese tipo de heridas también cuestan más de curar”.

No miró a Roic mientras decía estas palabras y Roic tampoco la miró a ella.

“No quiero decir eso”, dijo milord, que no estaba mirando a ninguno de los dos. “¡Maldita sea! ¿Debo ir a verla o no? Dicen que trae mala suerte ver a la novia antes de la boda. ¿O lo que da mala suerte es ver el vestido de novia? No puedo recordarlo”.

Taura hizo una mueca. “¡Y eres tú quien la acusa de tener manías antes de la boda! Miles, escucha. ¿Sabes que los reclutas tienen nervios antes del combate cuando se enfrentan a su primera misión?”

“Oh, sí”

“¿Recuerdas que están nerviosos antes de enfrentarse a su segunda misión?”

Después de una larga pausa, milord dijo, “Oh”. Otro silencio. “No lo había pensado de ese modo. Creí que era por mi culpa”.

“Eso es porque eres un egoísta. Tan sólo la he conocido durante una hora, pero incluso yo he podido ver como te mira embelesada. Al menos piensa, durante cinco segundos seguidos, en la posibilidad de que pueda ser por su culpa. Culpa de su primer marido, fuese quien fuese”.

“Oh, la verdad es que sí que era bastante especial. Ya lo he maldecido antes por las heridas que dejó en su alma”.

“No creo que tengas que decir mucho más. Tan sólo tienes que estar allí. Y no ser él”.

Milord tamborileó sus dedos sobre la barandilla. “Sí. Puede ser. Dios. Por favor. Maldición...” Miró a través de Roic, lo ignoró como si fuese un mueble más de la mansión Vorkosigan, un estante donde colgar los abrigos. Un muñeco. “Roic, trae un vehículo; encuéntrate conmigo aquí en unos minutos. Quiero que me conduzcas a casa de la tía y el tío de Ekaterin. Creo que primero tendré que subir y quitarme esta armadura”. Dijo recorriendo con los

dedos el bordado plateado de sus mangas. Se volvió y sus botas rozaron los escalones mientras los subía.

La situación era bastante alarmante. ¿Qué demonios está ocurriendo?” Se atrevió a preguntarle a Taura.

“La tía de Ekaterin le llamó. Creo que Ekaterin vive en su casa”.

“Así es, con el lord Auditor y la profesora Vorthys. Se hospeda allí mientras va a la Universidad”.

“En cualquier caso, la futura esposa al parecer ha sufrido algún tipo de ataque de nervios o algo parecido”. Dijo frunciendo el ceño. “O algo parecido... Miles no esta seguro de que debe ir allí y sentarse con ella. Creo que debería hacerlo”.

Eso no sonaba muy bien. De hecho, sonaba tan mal como podía sonar.

“Roic...” Las cejas de Taura se juntaron. “¿Sabes si podré encontrar algún laboratorio farmacéutico abierta en Vorbarr Sultana a estas horas?”

“¿Laboratorio farmacéutico?” Repitió Roic sin entender. “¿Por qué?, ¿te sientes enferma tú también? Puedo llamar al médico personal de los Vorkosigan para que te atiendan, o a algún otro miembro del equipo médico que atiende al conde y a la condesa...” ¿Acaso ella necesitaría algún tipo de especialista de fuera del planeta? No importaba, estaba seguro de que el nombre de los Vorkosigan podía permitirles acceder a uno. Incluso en la noche de la Hoguera.

“No, no, me siento bien. Tan sólo me preguntaba”.

“No hay muchos sitios abiertos esta noche. Son vacaciones. Todo el mundo acude a fiestas, hogueras y fuegos artificiales. Mañana también. Es el primer día del nuevo año en el calendario de Barrayar”.

Ella sonrió brevemente. “Es normal. Un nuevo comienzo; apuesto a que le gusta el simbolismo de la situación”.

“Supongo que habrá algún laboratorio de hospital abierto toda la noche. Debe de haberlos para atender las emergencias. Supongo también que estarán muy ocupados. En Hassadar solíamos llevar todo tipo de pacientes la noche de las hogueras”.

“Hospitales, ¡Por supuesto! Debería haber pensado en ellos primero”.

“¿Para que lo necesitas?” le preguntó de nuevo.

Ella dudó antes de contestar. “No estoy segura de necesitarlo. Tan sólo es una idea que se me ocurrió esta tarde, cuando la tía de Miles le llamó. Sin embargo, no me gusta donde me conduce esa idea...” Se dio la vuelta y subió los escalones de dos en dos. Roic frunció el ceño, y se fue a conseguir un vehículo de los que quedaran en el garaje del sótano. Con tantos vehículos ocupados en el transporte de los miembros de la casa y sus invitados iba a ser bastante difícil encontrar alguno.

Por otro lado, Taura le había hablado con bastante normalidad. Quizás... sólo quizás, existiesen las segundas oportunidades. Si uno era lo suficientemente valiente para cogerlas.

La casa del lord Auditor y de la Profesora Vorthys era una vieja y alta estructura con tejas coloreadas cercana al Distrito Universitario. La calle estaba tranquila cuando Roic llegó con el coche – que había cogido sin avisar de uno de los soldados del conde en la Residencia –. A lo lejos, en dirección a la Universidad, podían verse los estallidos de los fuegos artificiales, podían oírse canciones armoniosas y también las canciones de los borrachos. Un aroma rico y pesado de humo de madera y pólvora impregnaba el frío aire nocturno.

Las luces del porche estaban encendidas. La Profesora, una anciana y sonriente dama Vor que intimidaba a Roic tan sólo ligeramente menos que lady Alys, les dejó pasar. Su rostro redondeado estaba tenso de preocupación.

“¿Le has dicho que venía? Le pregunto milord en voz baja mientras se quitaba el abrigo. Su mirada se dirigió ansiosa a las escaleras que conducían al piso superior desde el estrecho vestíbulo tapizado de madera.

“No me he atrevido”.

“Helen... ¿Qué debo hacer?” Milord pareció súbitamente más pequeño, asustado y más joven y mayor al mismo tiempo.

“Tan sólo sube. No creo que esto tenga que ver con hablar, con las palabras o las razones. Todo eso lo he intentado yo ya”.

Miles abotonó y después desabotonó la túnica gris que llevaba echada sobre una vieja camisa blanca, se bajó las mangas, respiró profundamente, subió las escaleras y desapareció de la vista. Después de un minuto o dos, la Profesora paró de frotarse las manos, le hizo un gesto a Roic indicándole una silla y una pequeña mesa con un montón de libros y adornos y se fue silenciosamente.

Roic se sentó en el vestíbulo y oyó como crujía la vieja casa. Desde su posición, visible a través de un arco, podía distinguir el dorado resplandor de una chimenea. En dirección opuesta se encontraba el estudio de la Profesora, repleto de libros; la luz del vestíbulo permitía vislumbrar de vez en cuando las letras doradas de los lomos de los libros en la penumbra. A Roic no le gustaban especialmente los libros, pero le gustaba el confortable aroma académico. Pensó que cuando era policía de Hassadar nunca había tenido que entrar en una casa con libros como estos para limpiar la escena de un crimen, con sangre por las paredes y horrorosos olores en el aire.

Después de un largo rato, la profesora volvió al vestíbulo.

Roic inclinó su cabeza respetuosamente. “¿Está enferma, señora?”

Con aspecto cansado ella frunció los labios y dejando salir la respiración dijo. “Lo estaba la pasada noche. Tenía un terrible dolor de cabeza, tan malo que se puso a llorar y casi vomitó. Pero esta mañana pensó que se encontraba mejor. O al menos eso dijo. Quería encontrarse mejor. Puede que lo intentase con demasiado empeño”.

Roic echó un ansioso vistazo a la escalera. “¿Habrás podido verla?”

La tensión se relajó ligeramente en el rostro de la profesora. “Sí”.

“¿Seguro que todo ira bien?”

“Creo que sí”. Sus labios intentaron sonreír. “En cualquier caso, Miles dice que tienes que volver a la casa. Al parecer esto puede durar un buen rato. Dice que te llamará si necesita alguna cosa”.

“Sí, señora”. Se levantó, saludo brevemente como había visto hacer a milord en alguna ocasión y salió de la casa.

El guardia de servicio nocturno en la garita informó a Roic de que nadie había entrado desde que se fue. Devolvió el coche al garaje del sótano, aliviado de no haberlo abollado durante su trayecto de vuelta a la mansión desde la universidad a través de los grupos de personas que celebraban las festividades.

Subió silenciosamente hasta la gran mansión casi totalmente a oscuras. Todo estaba tranquilo en estos momentos. Los empleados de la cocina por fin se habían retirado hasta el asalto final del día siguiente. Las doncellas y los sirvientes se habían ido a la cama. Aunque siempre se quejaba por perderse la excitación del día, Roic normalmente disfrutaba de las tranquilas horas nocturnas cuando toda la casa parecía pertenecerle sólo a él. Estaba claro que tres horas antes del amanecer el café sería tan sólo un poco menos necesario que el oxígeno. Pero, dos horas antes del amanecer, la vida comenzaría a despertar de nuevo, en el momento en que los que tenían cosas que hacer temprano se levantaban y comenzaban sus labores. Comprobó los monitores de seguridad en el cuartel general de los sótanos y comenzó a hacer su ronda. Piso a piso, recorriendo las ventanas y las puertas, nunca en el mismo orden y nunca a la misma hora.

Al cruzar el gran vestíbulo de la entrada, oyó un crujido y un tintineo proveniente de la medio iluminada antesala de la biblioteca. Se paró un momento, frunció las cejas y se puso de puntillas, moviendo sus pies tan suavemente como pudo sobre el suelo de mármol, respirando por la boca para ser más silencioso. Su sombra temblorosa pasó a lo largo de la tenue luz de sucesivos candelabros de pared. Se aseguró de que no se proyectara por delante de él mientras se movía hacia la entrada de la antesala. Se paró al borde de la puerta y miró a la sala medio iluminada.

Taura estaba allí de pie dándole la espalda, revolviendo los regalos expuestos sobre la larga mesa situada delante de la pared del fondo. Su cabeza inclinada sobre algo que tenía en sus manos. Desplegó un paño y levantó una pequeña caja. El elegante collar de perlas de tres vueltas se deslizó de su soporte de terciopelo y ella lo envolvió en el paño. Cerró la caja, la devolvió a la mesa y deslizó el paño plegado en un bolsillo lateral de su chaqueta rojiza.

La impresión paralizó a Roic durante un largo instante. ¿Los honorables invitados de milord saqueando los regalos?

*Pero si ella me gusta, de verdad que me gusta.* Tan sólo ahora, en este momento de espantosa revelación, se dio cuenta de cuánto había llegado a ... a *admirarla* en el poco tiempo que hacía que la conocía. Poco tiempo, pero

tan condenadamente extraño. Ella era realmente preciosa de una forma completamente única, sólo hacía falta mirarla del modo adecuado. Por un momento le había parecido que soles lejanos y extrañas aventuras habían llegado hasta él desde sus dorados ojos; posiblemente, aventuras más exóticas e íntimas que las que nunca se hubiese atrevido a imaginar un tímido chico de pueblo de Hassadar como él. Si tan sólo fuese más valiente. Un bello príncipe. No tan estúpido. Pero Cenicienta era una ladrona, y el cuento de hadas se había estropeado de repente.

Le invadió una consternación enfermiza cuando se imaginó el altercado, la vergüenza, las amistades rotas y la confianza perdida que seguiría a su descubrimiento – casi se dio la vuelta. No conocía el valor que pudiesen tener la perlas, pero incluso si tuviese el valor del rescate de una ciudad, estaba seguro que milord lo hubiese pagado sin pensárselo tan sólo por el aprecio que les tenía a sus antiguos subordinados.

No era una buena situación. Seguro que serían la primera cosa que echarían en falta a la mañana siguiente. Aspiró y encendió la luz.

Taura se giró como un enorme gato al notar el destello de las luces. Después de un momento dejó escapar la respiración con un suspiro, relajándose visiblemente. “Oh. Eres tú. Me has asustado”.

Roic se humedeció los labios. ¿Podía aún arreglar su estropeada fantasía? “Devuélvelas, Taura. Por favor”.

Ella no se movió, mirándole con sus grandes ojos leonados; una mueca cruzó su rostro. Su esbelto cuerpo pareció encogerse en tensión.

“Devuélvelas ahora”, volvió a intentar Roic, “Y no se lo diré a nadie”. Llevaba un aturdidor. ¿Podría sacarlo a tiempo? Había visto lo rápido que ella se movía...

“No puedo”.

La miró sin entender.

“No me atrevo”. Dijo con voz nerviosa. “Por favor, Roic. Déjame irme ahora, y te prometo que las devolveré mañana”.

¿Cómo?, ¿qué? “Yo... no puedo”. Todos los regalos tienen que pasar por un control de seguridad”.

“¿Este también?” preguntó moviendo sus manos nerviosamente dentro del bolsillo con el botín.

“Sí, por supuesto”.

“¿Qué tipo de comprobación? ¿qué buscáis en las comprobaciones?”

“Todo se escanéea buscando dispositivos o explosivos ocultos. Toda la comida y bebida y sus envoltorios se comprueban buscando sustancias químicas y biológicas”.

“¿Sólo la comida y la bebida?” Dijo estirándose, sus ojos reflejaron una súbita idea. “En todo caso, no lo estaba robando”.

Quizás fuese su entrenamiento en operaciones encubiertas la que le permitía permanecer allí con la cara inexpresiva... ¿Qué estaba ocurriendo?,

¿afirmaciones que contradecían los hechos? ¿La situación era realmente enrevesada? “Bien... ¿entonces qué estás haciendo?”

Algún tipo de fría tensión de sufrimiento se reflejó de nuevo en su rostro. Miró hacia abajo, fuera, a lo lejos. “Tomarlo prestado”, dijo con voz sorda. Esta vez lo miró como si comprobara su reacción ante esta débil excusa.

Pero Taura no era débil, desde ningún punto de vista. Se recuperó, sacudiéndose en busca de un punto de apoyo y encontrándolo. Se atrevió a acercarse a ella y alargar la mano. “Entrégamelas”.

“¡No debes tocarlas!” Dijo con voz frenética. “Nadie debe tocarlas”.

¿Mentiras y traición?, ¿confianza y verdad?, ¿qué estaba contemplando aquí? Repentinamente, no estaba seguro. *Atrás, soldado.* “¿Por qué no?”

Lo miró con los ojos medio cerrados, como tratando de ver a través de su cabeza. “¿Te importa Miles?, ¿o tan sólo eres un empleado suyo?”

Roic parpadeó cada vez más confuso. Recordó su juramento como soldado, el gran honor y la gran obligación que suponía. “No sólo trabajo como soldado de la casa Vorkosigan; Eso define lo que soy. Él no es mi empleador en absoluto. Es mi señor”.

Ella hizo un gesto de frustración. “Si conocieses un secreto que pudiese herirlo en lo más hondo – ¿Querías, podrías, ocultárselo aunque te preguntase?”

¿Qué secreto?, ¿este?, ¿que su examante era una ladrona? No parecía que este fuese el secreto al que ella se estaba refiriendo. *Piensa, hombre.*

“Yo... no puedo saber qué está ocurriendo sin que me des más información”. Información. ¿Qué sabía ella y él no? Un millón de cosas, estaba seguro. Había vislumbrado algunas de ellas y hacían que se sintiese mareado ¿Sin embargo ella no le conocía?, ¿o sí? No al menos del modo en que evidentemente conocía a, por ejemplo, milord. Para ella, él tan sólo era un desconocido con un uniforme negro-y-plateado. Con sus botas pulidas como un espejo metidas en la boca, ehh. Dudó antes de contestar, “Milord puede pedirme mi vida con tan sólo una palabra. Yo le di ese derecho con todo mi ser. ¿Puedes estar segura de que haré siempre lo que sea mejor para él?”

Ambos mantuvieron sus miradas y ninguno de los dos parpadeó.

“Confianza por confianza”, Roic respiró por fin. “Hagamos un trato, Taura”.

Lentamente, sin dejar de prestarle atención, buscando siempre mantener la vista en su rostro, ella sacó el paño de su bolsillo. Lo desenvolvió con delicadeza, deslizando las perlas de nuevo en su caja de terciopelo. Le acercó la caja y le preguntó. ¿Qué es lo que ves?”

Roic frunció el ceño. “Perlas. Muy bonitas. Blancas y brillantes”.

Ella sacudió la cabeza. “Tengo un montón de modificaciones genéticas. Sea o no un horrible mutante construido con bioingeniería...”

Roic se estremeció, abriendo la boca y cerrándola inmediatamente.

“... entre otras cosas puedo ver ligeramente en el espectro ultravioleta, y algo más lejos en el infrarrojo que una persona normal. Yo veo perlas sucias. Perlas extrañamente sucias. Y la novia de Miles las tocó, y una hora más tarde estaba tan enferma que difícilmente podía mantenerse en pie.”

Un desagradable temblor recorrió el cuerpo de Roic. ¿Cómo demonios no se había dado cuenta de que las cosas habían ocurrido así? “Sí. Así es. Tenemos que comprobarlas”.

“Quizás esté equivocada. Puedo equivocarme. Puede que tan sólo esté siendo horriblemente paranoica – y celosa. Si se demuestra que están limpias, esto habrá acabado. Pero, Roic – Quinn. No tienes ni la menor idea de cuanto amaba a Quinn. Y viceversa. He estado medio loca toda la noche, desde que todo esto se desató, preguntándome si Quinn realmente las mandó. Si fuese así, esto casi le mataría”.

“Se supone que las perlas no eran para matarlo a él”. Al parecer la vida amorosa de su señor era tan engañosamente complicada como su inteligencia, ambas camufladas tras su cuerpo lisiado. O por las suposiciones que la gente hacía al ver su cuerpo lisiado. Roic pensó en el ambiguo mensaje que Arde Mayhe había visto de modo evidente en la manta de piel. ¿Al final, iba la tal Quinn, la otra examante – y a saber cuantas más de ellas, a estar presente de todas formas en la boda?, ¿y cuál iba a ser su estado de ánimo? Por cierto, ¿cuántas más de ellas había? Y qué demonios hacía el pequeñajo para haber conseguido lo que comenzaba a parecer una ración mucho mayor de la que le correspondía, cuando Roic ni siquiera había – Cortó en seco sus digresiones. “¿Es el collar letal, o no?, ¿podía tratarse de una broma de mal gusto, dirigida sólo a poner enferma a la novia su noche de bodas?”

“Ekaterin apenas las había tocado. No sé de que clase de sustancia se trata, pero no dejaría que esa sustancia rozase mi piel ni por un millón de dólares betanos”. Su rostro se retorció. “Espero que no sea verdad. ¡O al menos espero que no sean de Quinn!”

Roic estaba cada vez más convencido de que la consternación que ella mostraba no era fingida, sino que provenía de su corazón. “Taura, piensa. Tú conoces a Quinn. Yo no. Pero tú misma dijiste que era inteligente. ¿Crees que habría sido tan estúpida para firmar con su propio nombre el asesinato?”

Taura pareció sorprendida, pero agitó su cabeza con dudas renovadas. “Quizás. Si lo hizo por rabia o por venganza, quizás”.

“¿Podría ser que alguien se hubiese hecho pasar por ella? Si ella no las envió, se merece que se aclare. Y si lo hizo... no se merece nada”.

¿Qué iba a hacer Taura? No tenía la menor duda de que ella podía matarle con una de sus garras antes de que hubiese podido desenfundar su aturridor. Su mano aún sostenía firmemente la caja. Su cuerpo irradiaba tensión del mismo modo que una hoguera irradia calor.

“Me parece casi inimaginable”, dijo. “Casi. Pero la gente loca de amor es capaz de hacer las cosas más salvajes. A veces cosas de las que se arrepentirán para siempre después de hacerlas. Pero en ese caso, aún no es demasiado tarde. Esa es la razón de que quisiese escabullirme con las perlas

y comprobarlas en secreto. Estaba rezando por haberme equivocado”. Sus ojos mostraban lagrimas en esos momentos.

Roic tragó saliva y se enderezó. “Mira, puedo llamar a SegImp. Ellos pueden llevar estas – lo que sean – a los mejores laboratorios forenses del planeta en menos de media hora. Pueden comprobar los envoltorios, comprobar su origen – todo. Si otra persona si hizo pasar por tu amiga Quinn para inculparla...” Sintió escalofríos al imaginar el crimen con elaborados y grotescos detalles: milady muriendo a los pies de milord en la nieve durante sus votos con escarcha todavía en sus cabellos; La impresión de milord, su incredulidad, su brutal angustia – “En ese caso, deben ser cazados sin piedad. SegImp puede hacer eso también”.

Ella todavía estaba a su lado, de pie, dudando sobre qué hacer. “Ellos la cazarían a ella con la misma... falta de piedad. ¿Qué ocurriría si se equivocasen, si cometiesen un error?”

“SegImp es competente”.

“Roic, soy una empleada de SegImp. Te puedo garantizar totalmente que no son infalibles”.

Su mirada recorrió la mesa repleta. “Mira. Está ese otro regalo de boda”. Dijo mientras apuntaba a los pliegues de la brillante manta negra, todavía amontonados en su caja. La habitación estaba tan tranquila que pudo oír el suave ronroneo de la piel viva desde allí. “¿Por qué iba ella a mandar dos regalos? La manta vino incluso con unos versos picantes, escritos en una tarjeta”. Que no habían incluido precisamente en la exposición. “La señora Vorsoisson rio en voz alta cuando milord se la leyó”.

Una sonrisa reluciente curvó la boca de Taura durante un momento. “Oh, eso es típico de Quinn”.

“Si ese es el verdadero regalo de Quinn, entonces este” – apuntó hacia las perlas “no puede serlo, ¿Eh? Confía en mí. Confía en tu propio juicio”.

Lentamente, con profunda angustia reflejada en sus extrañamente dorados ojos, Taura envolvió la caja en el paño y se lo entregó.

Roic se encontró entonces solo ante la necesidad despertar a la sede suprema de SegImp en medio de la noche. Casi quiso esperar el retorno de Pym. Pero él era un soldado de la casa Vorkosigan: el soldado de mayor rango presente, aunque sólo fuese porque era el único presente. Era su deber, estaba en su derecho, y el tiempo era un factor esencial, aunque sólo fuese para aliviar a la preocupada Taura lo antes posible. Ella se quedó merodeando, deprimida y preocupada, mientras él tragaba saliva en un intento de tranquilizarse y activaba la consola de seguridad de la cercana biblioteca.

Un capitán de SegImp de aspecto serio se presentó en el vestíbulo frontal en menos de treinta minutos. Lo grabó todo, incluyendo el informe verbal de Roic, la descripción de Taura de cómo ella veía las perlas, sus dos relatos de los síntomas en la señora Vorsoisson de los que habían sido testigos y una copia de los registros de las comprobaciones de seguridad de Pym. Roic trató



de franco, como a menudo había deseado que lo fuesen los testigos en sus tiempos de guardia en Hassadar, aunque su versión del tenso enfrentamiento en la antesala se convirtió en un mero *La sargento Taura me comunicó sus sospechas*. Bien, eso era cierto.

Por el bien de Taura, Roic se aseguró de mencionar la posibilidad de que las perlas no hubiesen sido enviadas por Quinn y recalcó la existencia del otro regalo del que tenían garantías de que había sido enviado por ella. El capitán frunció el ceño y empaquetó también la piel viva, y dio la impresión de querer empaquetar también a Taura con ella. Se llevó las perlas, la aún ronroneante piel y todos los paquetes relacionados en una serie de bolsas de plástico selladas y etiquetadas. Toda esto realizado con fría eficiencia les costó otra media hora.”

“¿Quieres acostarte?” le preguntó Roic a Taura cuando las puertas se cerraron por detrás del capitán de SegImp. *Parecía tan cansada*. “Tengo que estar despierto de todos modos. Puedo llamarte a tu habitación en cuanto haya noticias. Si hay cualquier noticia”.

Ella negó con la cabeza. “No podría dormir. Puede que ellos descubran algo pronto”.

“No podemos saberlo, pero espero que sí”.

Ambos se acomodaron para esperar juntos en un sólido sofá en la antesala del lado opuesto a la que contenía la exposición de los regalos. Los ruidos de la noche – extraños crujidos de la casa causados por el frío viento invernal, el ligero zumbido o ronroneo de distante maquinaria automática – se hacían muy notorios en medio de la calma. Taura estiró lo que Roic pensó que eran sus hombros anudados, y él inspiró brevemente para frotarle la espalda, sin estar muy seguro de cómo se lo tomaría ella. El impulso se disolvió en cobardía.

“Las cosas son bastante tranquilas aquí por las noches”, dijo ella después de un momento.

Le estaba hablando de nuevo . *Por favor, no pares*. “Sí. Aún así, de algún modo, me gusta”.

“Oh, ¿A ti también?” La guardia nocturna es un tiempo que nos permite filosofar. Nada se mueve afuera pero puede que haya gente naciendo o muriendo, gente necesitada, y nosotros”.

“Ehh, y los malos por los que estamos vigilando de noche”.

Ella miró a través del arco de entrada hacia el gran vestíbulo y más allá. “Aparentemente sí. Que truco más diabólico...” Dijo ocultando una mueca.

“¿Conoces a Quinn desde hace mucho tiempo?”

“Ella pertenecía a los mercenarios Dendarii cuando me uní a ellos – ‘equipo original’, como ella dice. Una buena líder, una amiga en muchos desastres compartidos. Y en victorias, en algunas ocasiones. Diez años son mucho tiempo, incluso si no estás mirando. Especialmente si no estás mirando, supongo”.

Él siguió los pensamientos que reflejaba su mirada además de sus palabras. “Ehh, seguro. Dios me evite tener que enfrentarme a un dilema como el tuyo. Para mí sería tan difícil como que el conde participase en una revuelta contra el emperador, supongo. O como encontrar a milord involucrado en alguna loca trama para asesinar a la emperatriz Laisa. No me extraña que le hayas estado dando vueltas en tu cabeza toda la noche”.

“Vueltas y más vueltas. Si lo pienso ahora, no pude disfrutar de la fiesta del emperador ni un momento y sé que Miles lo deseaba tanto. Y no pude decirle porque – Me temo que pensó que me sentía fuera de lugar. Bien, es cierto, pero eso no era un problema, exactamente. Me siento fuera de lugar normalmente”. Sus ojos leonados parpadearon oscureciéndose y agrandándose en la penumbra. “¿Qué harías tú si descubrieses o sospechases un horror como ese?”

Sus labios se torcieron. “Esa es una pregunta difícil. El conde dice que nuestro honor debe sustentarse en uno mayor. Nunca debemos obedecer sin pensar”.

“Sí. Eso es lo que dice Miles también. ¿Es de ahí de donde lo sacó, de su padre?”

“No me sorprendería. El hermano de milord, Mark, dice que la integridad es una enfermedad, y tan sólo puede contagiártela alguien que la padece”.

Una breve risa salió de su garganta. “Esa afirmación es típica de Mark”.

Él consideró la cuestión con la seriedad que requería. “Supongo que tendría que informarle. Tan sólo espero que tendría el coraje de hacerlo. Nadie ganaría, al final. Y menos que nadie yo mismo”.

“Oh, sí. Eso puedo verlo”.

Su mano reposaba sobre el sofá entre ambos, sus dedos con garras daban pequeños golpes al tejido. Él quiso cogerla y apretársela para confortarla --*¿A ella, o a sí mismo?* Pero no se atrevió a hacerlo. Maldición, inténtalo. *¿Es que no puedes intentarlo?*

Su diálogo interior se vio interrumpido por el sonido de su comunicador de muñeca. El guardia de la puerta le informó del regreso de los invitados de la casa Vorkosigan de la Residencia Imperial. Roic desactivó los escudos de la casa y se apartó mientras la comitiva desembarcaba de una pequeña flota de vehículos de superficie. Pym estaba atendiendo a la condesa, sonriendo por algo que ella estaba diciéndole por encima del hombro. Los invitados, en variado estado de diversión, somnolencia o borrachera, pasaron por delante de él charlando y riendo.

“¿Algo de lo que informar?” Le preguntó Pym de modo despreocupado. Miró con curiosidad más allá de Roic, a donde se encontraba Taura imponente por encima de sus hombros.

“Sí señor. Me gustaría verlo en privado tan pronto como le sea posible, con su permiso.”

El aspecto somnoliento y benigno se evaporó de los rasgos de Pym. “¿Oh?” Miró hacia atrás, hacia los grupos de invitados que ahora se disolvían mientras iban subiendo las escaleras. “De acuerdo”.

Aunque Roic había hablado en voz baja, la condesa había captado su intercambio de palabras con Pym. Con un gesto dejó que Pym se alejase de su lado. “Aunque, si te parece bien, Pym, me gustaría que me informaseis de la situación antes de irme a la cama”, murmuró.

“Sí, milady”

Roic inclinó su cabeza hacia la antesala de la biblioteca y Pym le siguió a él y a Taura a través del arco de entrada. En cuanto los invitados abandonaron la habitación contigua, Roic hizo un breve resumen de las aventuras de la noche pasada, similar al que había hecho al capitán de los forenses de Seglmp. Omitió de nuevo la parte sobre el intento de robo de Taura. Rezó para que esa parte no acabase siendo horriblemente pertinente más tarde. Decidió que podría transmitirle el relato completo de los acontecimientos a milord. ¿Cuándo demonios iba a volver milord?

Pym se puso rígido al oír el informe. “Yo mismo comprobé ese collar, Roic. Estaba limpio de dispositivos ocultos – el detector de sustancias químicas no detectó nada extraño tampoco”

“¿Lo toco usted?” preguntó Taura.

Los ojos de Pym se fruncieron mientras intentaba recordar. “Lo sostuve básicamente por el cierre. Bien... bien, Seglmp le hará un análisis en profundidad. Milord siempre dice que es bueno que practiquen. Nunca viene mal. Actuó correctamente soldado Roic. Ahora, puede seguir con sus deberes. Yo me mantendré en contacto con Seglmp”.

Tras oír la tibia alabanza de Pym, se marchó, frunciendo el ceño.

“¿Es esto todo lo que vamos a conseguir?” susurró Taura mientras se oían los pasos de Pym que se alejaba por la sinuosa escalera.

Roic miró su reloj. “Hasta que Seglmp conteste, supongo que sí. Depende de lo difícil que sea identificar esa suciedad que viste en las perlas” – no se atrevió a insultarla diciendo *la suciedad que afirmas que viste*.

Ella se restregó sus cansados ojos con el dorso de la mano. “¿Puedo, hmm, puedo quedarme contigo hasta que llamen?”

“Claro que sí”.

En un momento de verdadera inspiración la condujo hasta la cocina y le mostró el refrigerador destinado al personal. Acertó plenamente; su extraordinario metabolismo necesitaba de nuevo una recarga. Con cierta rudeza, vació los estantes y colocó su contenido enfrente de ella. Los miembros del personal podían apañárselas por sí mismos por la mañana. No le avergonzaba ofrecerle la comida destinada a los sirvientes a una invitada; todo el mundo comía bien en la cocina de Ma Kostí. Preparó un café para él y un te para ella, y ambos se sentaron en dos taburetes en la barra de la cocina.

Pym los encontró allí cuando estaban acabando de comer. Toda la sangre había desaparecido del rostro del soldado jefe dándole un aspecto casi verdoso.

“Bien hecho, Roic, sargento Taura”, comenzó con voz tirante, “Muy bien hecho. Acabo de hablar con el centro de control de Seglmp. Las perlas habían sido manipuladas – con una neurotoxina de diseño. Seglmp piensa que es de manufactura Jacksoniana, pero están comprobándolo aún. La sustancia estaba camuflada como una laca neutra transparente que se disuelve con el calor del cuerpo. Una manipulación casual no debería liberarla, pero si alguien se pusiese el collar y lo llevase puesto durante un tiempo... una media hora o así...”

“¿Sería suficiente para matar a alguien?” preguntó Taura con tono tenso.

“Suficiente para matar a un maldito elefante, dicen los chicos del laboratorio”. Pym se humedeció los labios. “Y yo fui quien comprobó el collar y le dio el maldito visto bueno”. Dijo apretando los dientes. “Ella lo iba a llevar puesto – Milord podría haber –”. Paró de hablar con voz ahogada y se pasó la mano con fuerza por la cara.

“¿Saben los de Seglmp quién lo envió en realidad?” preguntó Taura.

Roic recordó de repente las pequeñas esferas pálidas y mortales colgando de la cálida garganta de la futura milady. “La señora Vorsoisson tocó las perlas anoche – la noche anterior, para ser exactos”, dijo Roic con urgencia. “Las llevó puestas durante al menos cinco minutos. ¿Estará bien?”

“Seglmp ha enviado un médico a casa del lord Auditor Vorthys para comprobarlo – se trata de uno de sus expertos en toxinas. Si hubiese absorbido una dosis suficientemente alta para matarla, ya estaría muerta en esos momentos, así que eso no va a ocurrir, pero no sé que otra... Tengo que irme ahora y llamar a milord para avisarle de que espere la llegada del médico. Y – y decirle porque. Bien hecho, Roic. ¿Te lo había dicho ya? Bien hecho”. Pym respiró de modo entrecortado y salió de la habitación.

Taura, inclinada sobre un plato y con la mano en su mejilla le miró con el ceño fruncido mientras se iba. “¿Una neurotoxina jacksoniana, eh? Eso no prueba casi nada. Los jacksonianos venden cualquier cosa a cualquiera. Miles se granjeó suficientes enemigos allí en algunas de nuestras salidas – si se enteraron de que iba dirigido a él probablemente hicieron un gran descuento”.

“Sí, me imagino que averiguar la fuente va a requerir más tiempo. Incluso a Seglmp”. Dudó. “Aunque, ¿No deberían conocerlo en Jackson’s Whole sólo por la identidad que usaba para llevar a cabo las operaciones encubiertas? ¿tu pequeño almirante?”

“Esa identidad hace al menos un par de años que ha sido descubierta, según me dijo. En parte como resultado del lío que se produjo durante su última misión, en parte debido a otras cosas.” Dijo mientras daba un enorme bostezo. Fue... impresionante. Había estado levantada desde el amanecer, recordó Roic, y no había dormido durante la tarde como él. Atrapada en lo que debía de parecerle un lugar totalmente extraño y luchando contra miedos terribles. Todo ella sola. Por primera vez se preguntó si se sentiría sola. Una de su clase, la última de su clase si lo había entendido correctamente, sin hogar o familia excepto una arriesgada flota de mercenarios vagabundos. Y entonces se preguntó cómo es que no se había dado cuenta antes de su

intensa soledad. Se supone que los soldados deben ser observadores. *¿No es así?*

“¿Si te prometo que si recibo nuevas noticias iré a decírtelas, crees que podrías intentar dormir un poco?”

Se restregó la nuca mientras decía. “¿Lo harías? En ese caso creo que podría. Intentarlo al menos”.

La escoltó hasta la puerta, más allá de la oscura y vacía suite de milord. Cuando apretó sus manos brevemente, ella le devolvió el apretón. Tragó saliva en busca de valor.

“¿Perlas sucias, eh?” le dijo, sosteniendo aún su mano. “¿Sabes ... No puedo hablar en nombre de otros barayanos... pero creo que tus modificaciones genéticas son bellas”.

Sus labios se curvaron hacia arriba, en lo que él espera que no fuese un gesto del todo hostil. “Vas mejorando”.

Cuando ella se volvió y entró en la habitación, una garra deslizándose suavemente sobre la piel de la palma de su mano le provocó una repentina e involuntaria sorpresa sensual. Miró como se cerraba la puerta y reprimió una loca urgencia de llamarla. O de seguirla dentro... Todavía estaba de servicio, se recordó a sí mismo. Era la hora de la siguiente comprobación de los monitores. Se forzó a dar la vuelta.

En el exterior el cielo estaba pasando del color ambarino de la noche en la ciudad a un frío amanecer azulado cuando el guarda de la puerta llamó a Roic para que desactivase los escudos de la mansión y dejase entrar a milord. En el momento en que el soldado que ejercía de chofer se llevó el coche para guardarlo, Roic abrió una puerta para dejar entrar a una figura ceñuda y encorvada. Milord miró hacia arriba reconociendo a Roic, y una sonrisa bastante espantosa apareció en su arrugado rostro.

Roic había visto a milord tenso antes, pero nunca de un modo tan alarmante como ahora, ni siquiera cuando sufrió aquellos horribles ataques, o cuando tuvo aquel terrible dolor de cabeza después del desastroso banquete de la manteca de bicho. Sus ojos tenían la misma mirada que un animal salvaje encerrado en su guarida. Su piel estaba pálida, y líneas de tensión marcaban de ansiedad su rostro. Sus movimientos eran al mismo tiempo cansados y tensos, frenéticos y nerviosos, un cansancio agitado que no encontraba ningún lugar en el que descansar.

“Roic. Gracias. Dios te bendiga”, comenzó a decir milord en una voz que parecía provenir del fondo de un pozo.

“¿Está bien la futura milady?” le preguntó Roic con aprensión.

Milord asintió. “Sí, ahora sí. Al final se durmió en mis brazos, después de marcharse en médico de SegImp. ¡Dios, Roic! No puedo creer que detectase las señales. ¡Envenenamiento! ¡Y yo mismo le anude ese mortífero collar! Es una maldita metáfora de toda esta situación, eso es lo que es. Ella pensó que lo que pasaba era por su culpa. Yo también lo pensé. ¿Que poca fe tuvo en

sí misma, o yo en ella, para confundir los signos del envenenamiento con los de la duda?”

“¿Ella no está muriéndose, verdad?” preguntó Roic de nuevo para asegurarse. A pesar de su dramática angustia, era un poco difícil de decir. “¿La pequeña dosis a que se vio sometida no tendrá ningún efecto permanente, verdad?”

Milord comenzó a caminar en círculos alrededor del vestíbulo de entrada mientras Roic le seguía tratando en vano de coger su abrigo. “El médico dijo que no, no una vez que los dolores de cabeza han desaparecido, lo que parece que ya ha ocurrido. Ella estaba tan aliviada al saber lo que le estaba pasando realmente que rompió a llorar. ¿Imagínate la situación?”

“Sí, excepto que –” comenzó a decir Roic, pero paró mordiéndose la lengua. Excepto que el episodio de los lloros que el había presenciado se había producido bastante antes del envenenamiento.

“¿Qué?”

“No es nada, milord”

Lord Vorkosigan se paró en el arco de entrada de la antesala. “Seglmp. Debemos llamar a Seglmp para que se lleven todos los regalos y los vuelvan a comprobar en busca de –”.

“Ellos ya vinieron a recogerlos, milord”, le tranquilizó Roic, o al menos lo intentó. “Hace una hora. Dijeron que intentarían comprobar y devolver tantos como fuese posible antes de que comenzaran a llegar los invitados a media tarde”.

“Oh. Bien”. Milord se detuvo un momento, con la mirada perdida, y Roic finalmente consiguió coger su abrigo.

“Milord... ¿No pensará usted que la almirante Quinn fue la que envió el collar, verdad?”

“Oh, buen dios, no. Por supuesto que no”. Milord apartó este temor con un gesto casual de su mano. “No es su estilo en absoluto. Si hubiese estado tan enfadada conmigo, me hubiese tirado escaleras abajo personalmente. Gran mujer, Quinn”.

“La sargento Taura estaba preocupada. Creo que pensó que quizás Quinn estuviese un poco, hmm, celosa”.

Milord parpadeó. “¿Por qué? Quiero decir, sí, hace casi un año que Elli y yo nos separamos, pero Ekaterin no tuvo nada que ver con ello. Ella ni siquiera la conoció hasta un par de meses más tarde. La temporización de los acontecimientos es pura coincidencia, se lo puedes decir a ella. Sí, Elli rechazó la invitación a la boda – tenía otras responsabilidades. Se encuentra a cargo de la flota después de todo”. Dejó escapar un pequeño suspiro. Sus labios se curvaron con su siguiente pensamiento. “No obstante, me gustaría averiguar quién sabía tanto de Quinn para utilizar su nombre al colarnos ese maldito paquete. Ese es el auténtico misterio. Quinn está relacionada con el almirante Naismith, no con Lord Vorkosigan. Lo que fue el principal obstáculo en primer lugar, pero olvídale. Quiero que Seglmp utilice todos los recursos a su alcance para desentrañarlo.

“Creo que ya lo están intentando, milord”.

“Oh, Bien”. Miró hacia arriba y su cara se puso más seria si cabe. “Sabes que salvaste mi casa anoche. Once generaciones de Vorkosigan se han visto reducidas a mí, en esta generación, a este matrimonio. Podría haber sido el último de ellos, si por casualidad – no, no por casualidad – debido a tu capacidad de observación”.

Roic agitó una mano avergonzado. “No fui yo quien se dio cuenta, milord. Fue la sargento Taura. Ella nos lo hubiese dicho antes, si no hubiese estado medio confundida con ese sucio truco de camuflaje utilizando el nombre de su, hmm, amiga la almirante Quinn”.

Milord dio otra tensa vuelta al vestíbulo. “Dios bendiga a Taura, entonces. Esa mujer no tiene precio. Cosa que ya sabía, pero aún así. Podría besarle los pies, Dios mío. ¡Podría besarla toda!”

Roic estaba comenzando a pensar que el asunto del collar de alambre de espino no iba del todo en broma después de todo. Toda esta tensión frenética, no es que fuese infecciosa, pero estaba comenzando a afectar a la poca calma que le quedaba. “Se me ha dado a entender que usted ya lo hizo, milord”.

Milord se paró de golpe. “¿Quién te lo ha contado?”

En estas circunstancias, Roic decidió no mencionar a la señora Vorsoisson. “Taura”.

“Eh, quizás sea un código secreto entre las mujeres. Yo no tengo la clave. En eso estás tu solo, chico”. Resopló un poco histéricamente. “Pero si alguna vez ganas una invitación por parte de ella, te aviso – es como ser atracado en un callejón oscuro por una diosa. Nunca volverás a ser el mismo hombre después de eso. Por no mencionar las partes críticas del cuerpo femenino en una escala que realmente puedes encontrar, y que decir de los colmillos, no hay nada tan excitante como –”.

“Miles”, una voz llena de perplejidad le interrumpió desde arriba. Roic miró hacia allí y se encontró a la condesa envuelta en una bata, apoyada en la barandilla del balcón observando a su hijo. ¿Cuánto tiempo hacía que estaba allí? Era una betana; quizás los últimos comentarios de milord no la descolocarían tanto como a Roic. De hecho, pensó, seguro que no lo hacían. “Buenos días, madre”, consiguió decir milord. “Algún bastardo ha intentado envenenar a Ekaterin, ¿Te has enterado? Cuando lo coja, juró que voy a hacer que el descuartizamiento del emperador loco Yuri parezca una fiesta –”.

“Sí, Seglmp nos ha mantenido a tu padre y a mí informados toda la noche, acabo de hablar con Helen. Todo parece estar bajo control en estos momentos, excepto conseguir persuadir a Pym de que no se tire desde el Puente Estelar intentando expiar sus culpas. Se encuentra bastante afectado por su desliz. Por el amor de dios, sube, tomate una pastilla para dormir y tumbate un rato”.

“No quiero tomarme ninguna pastilla. Tengo que comprobar cómo ha quedado el jardín. Tengo que comprobarlo todo –”.

“El jardín ha quedado bien. Todo está bien. Como has podido comprobar con tu soldado Roic, tu personal es más que competente”. Comenzó a bajar las escaleras con un característico brillo acerado en la mirada. “Hijo, o te vas a dormir o te doy un mazazo. No voy a entregarte a tu inocente novia en tu estado actual, o en uno peor en el que estará si no duermes algo antes de esta tarde. No sería justo para ella”.

“Nada relacionado con esta boda es justo para ella”, murmuró milord en tono deprimido. “Ella tenía miedo de que se repitiese la pesadilla de su matrimonio anterior. ¡No! Va a ser una pesadilla completamente diferente – mucho peor. Cómo puedo pedirle que se coloque en mi línea de fuego si –”.

“Creo recordar que te lo pidió ella. Yo estaba allí, ¿Te acuerdas? Para de balbucear”. La condesa le tomó del brazo y comenzó a arrastrarlo escaleras arriba. Roic tomó nota mentalmente de su técnica como referencia de cara al futuro. Ella miró por encima de su hombro y le hizo un sorprendente guiño tranquilizador a Roic.

Lo poco que restaba de la noche más memorable de su carrera pasó, para alivio de Roic, sin más incidentes destacables. Esquivó excitados sirvientes corriendo durante sus tareas del gran día y subió hasta su pequeño dormitorio de la cuarta planta pensando que milord no era el único que debía dormir algo antes de sus deberes más públicos de la tarde. Los últimos comentarios de milord, siguieron flotando en su mente y durante un rato le impidieron conciliar el sueño, aunque, provocándole visiones extrañamente cálidas. Visiones con las que nunca hubiese soñado en Hassadar. Finalmente cayó dormido con una sonrisa en los labios.

Pocos minutos antes de que sonase la alarma, el soldado Jankowski le despertó golpeando su puerta.

“Pym dice que tienes que acudir a la suite de milord ahora mismo. Se trata de algún tipo de sesión informativa – no es necesario que te pongas el uniforme todavía”.

“De acuerdo”.

No era necesario que se vistiese con su uniforme, había querido decir Jankowski, aunque este se estaba encargando ya de otros asuntos. Roic se puso el mismo traje que la noche anterior, se peinó rápidamente, frunció el ceño frustrado al ver la sombra de su barba – supuso que sin el uniforme se habría referido a esto – y corrió escaleras abajo.

Roic encontró a milord en la antesala de su suite, a medio vestir con una camisa de seda, los pantalones marrones con las franjas laterales plateadas los tirantes bordados en plata que los acompañan y zapatillas. Se encontraba acompañado por su primo Ivan Vorpatril, resplandeciente en el uniforme azul y oro de su casa. Como segundo de milord y testigo principal de la inminente ceremonia, Lord Ivan ejercía también de padrino del novio y su ayudante en general.

Uno de los recuerdos de las últimas semanas de los que Roic estaba más orgulloso, era el de haber sido testigo de cómo el gran virrey, el conde



Vorkosigan en persona, apartaba a su bello sobrino a un lado y le prometía, con una voz cercana a un susurro, utilizar su piel para construir tambores si permitía que su equivocado sentido del humor le hiciese hacer *algo* que pudiese estropear la ceremonia de milord. Ivan había estado tan serio como un juez durante toda la semana; se estaban haciendo apuestas sobre cuánto tiempo se prolongaría la situación. Recordando la voz profundamente amenazante del conde, Roic había apostado por el periodo de tiempo más largo y confiaba en que iba a ganar.

Taura, también vestida con la misma falda y la blusa suelta de la noche anterior, estaba recostada en uno de los sofás próximos a la ventana que daba a la bahía, aparentemente intentando reconfortar a milord. Estaba claro que milord había dormido un rato, dado que su aspecto había mejorado mucho: estaba limpio, afeitado, con los ojos claros y casi completamente calmado.

“Ekaterin ha llegado”, le dijo a Roic en el mismo tono sobrecogido que utilizaría el comandante de una guarnición acosada describiendo la llegada de tropas de refuerzo. “El equipo de la novia está utilizando la suite de mi madre como zona de trabajo. Mi madre va a traerla dentro de un momento. Ella tiene que asistir a esta reunión también”.

*¿Asistir a qué?* La pregunta quedó respondida incluso antes de que Roic la pudiese formular con la entrada del general jefe de Seglmp en persona. Allegre, vestido de verde, llegó escoltado por el conde, también vestido con su mejor uniforme de la Casa. Allegre había sido invitado de la boda por derecho propio, pero eran otras razones oficiales las que le hacían llegar con una hora de antelación.

La condesa y Ekaterin llegaron justo después, la condesa con un elegante vestido verde resplandeciente, la futura milady llevando aún su vestido gris, pero con los cabellos trenzados y profusamente entreverados de pequeñas rosas y otras exquisitas florecitas perfumadas que Roic no supo reconocer. Ambas mujeres estaban serias, pero una sonrisa como un fugitivo destello del paraíso encendió los ojos de Ekaterin cuando vio a milord. Roic apartó la vista de aquella mirada intensa sintiéndose un torpe intruso. Entonces sorprendió la expresión de Taura: tenía un gesto de sagaz aprobación, pero más que ligeramente melancólico.

Ivan trajo unas sillas extras y todos ellos se acomodaron alrededor de una pequeña mesa cercana a la ventana. Madame Vorsoisson se sentó al lado de milord, a una distancia decorosa pero sin ningún centímetro desperdiciado entre ellos. Él la cogió fuertemente de la mano. Roic consiguió deslizarse al lado de Taura; Ella le dirigió una sonrisa desde arriba. Estas habitaciones habían pertenecido en su momento al gran general Piotr Vorkosigan, antes de que fuesen reclamadas por su nieto, el ascendente joven lord Auditor. Este sitio, y no las grandes habitaciones públicas del piso inferior, habían sido el escenario de más conferencias secretas, militares y políticas de importancia histórica para Barrayar de las que Roic pudiese imaginar.

“Me he acercado temprano para comunicarles el último informe de Seglmp, Miles, señora Vorsoisson, conde, condesa”. Allegre, apoyado en el brazo de un sofá, miró alrededor. Metió la mano en su túnica y sacó una

bolsa de plástico y la cual algo blanco brillaba y centelleaba. “Y para devolver esto. He hecho que nuestros forenses las limpiasen después de recopilar y grabar las pruebas. Ahora son totalmente seguras”.

“El asunto parece estar aclarándose mucho más rápidamente de lo que yo esperaba”, dijo Alegre. “Ha sido un buen trabajo de falsificación en los sellos fechados desde Escobar, en el envoltorio exterior. Sin embargo, nuestros análisis nos han permitido descubrir que el envoltorio interior tiene su origen en Barrayar. Una vez supimos en qué planeta mirar, como el artículo era lo suficientemente único – por cierto, el collar ha sido fabricado en la Tierra – pudimos seguir su rastro en los registros de los joyeros casi de inmediato. Fue comprado hace dos semanas en Vorbarr Sultana por una gran suma de dinero y los vídeos de seguridad de este mes de la tienda todavía no habían sido borrados. Mis agentes identificaron sin lugar a dudas a Lord Vorbataille”.

Milord lanzó un silbido entre dientes. “Formaba parte de mi corta lista de candidatos. No me extraña que intentase abandonar el planeta tan denodadamente”.

“Estaba involucrado en la trama hasta las cejas, pero no fue quien la ideó. ¿Se acuerda usted que me dijo hace tres semanas que aunque había un cerebro detrás de toda la operación, este no estaba en la cabeza de Vorbataille?”

“Sí”, dijo milord. “Creí que su vinculación a la operación era la de un hombre de paja, sobornado debido a sus conexiones. Y a su yate, por supuesto”.

“Usted estaba en lo cierto. Cogimos a su asesor criminal jacksoniano hace unas tres horas”

“¡Lo han cogido!”

“Lo hemos cogido. Y lo estamos reteniendo”. Alegre asintió severamente. “Aunque tuvo el buen juicio de no llamar la atención tratando de escapar del planeta, uno de mis analistas, que colaboró anoche en el análisis de las pruebas que acompañaban al collar, fue capaz de seguirle el rastro, establecer las conexiones necesarias e identificarlo. Bueno, en realidad encontró a tres posibles candidatos, pero la fast-penta exculpó a dos de ellos. La fuente de la toxina es un tipo cuyo nombre es Luca Tarpan”.

Milord repitió el nombre despacio; su cara mostró perplejidad. “Maldición. ¿Estás seguro? Nunca he oído hablar de él”.

“Seguramente no. Al parecer está relacionado con el sindicato Bharaputhra en Jackson’s Whole”.

“Bien, eso le daría acceso a un montón bastante grande de información dispersa de los últimos dos años sobre mí y sobre Quinn. Mis dos identidades, de hecho. Y puede explicar la falsificación. ¿Pero por qué llevó a cabo este atroz ataque? Casi es más inquietante que su autor sea un completo desconocido. ¿Nos habremos cruzado con anterioridad?”

Alegre se encogió de hombros. “Parece que no. El interrogatorio preliminar sugiere que se trata de una estratagema puramente profesional. Aunque no creo que le quisiese mucho en el momento en que destapó usted

el caso. Su talento para hacerse nuevos enemigos no parece haberle abandonado. Su plan era provocar el caos para distraernos de nuestras investigaciones mientras emprendían la huida – resulta que eligieron entregarnos a Vorbataille como chivo expiatorio – pero les pillamos ocho días antes. Encontramos el envío del collar en los registros de esos días”.

Milord apretó los dientes. “¿Han tenido a Vorbataille dos días en su poder, y la fast-penta no nos permitió descubrir todo esto?”

Allegre hizo una mueca. “Acabo de revisar las transcripciones antes de venir. Estuvimos a punto de descubrirlo. Pero para obtener la respuesta correcta, incluso – especialmente – bajo fast-penta, aunque sea una droga de la verdad tan útil, es necesario primero saber lo suficiente para hacer la pregunta adecuada”. Mis interrogadores se concentraron en la Princesa Olivia. Fue el yate de Vorbataille el que se usó para introducir a los secuestradores”.

“Sabía que tenía que ser así”, gruñó milord.

“Creo que hubiésemos descubierto la trama del collar en unos pocos días más por nuestra cuenta”, dijo Allegre.

Milord miró su reloj y dijo con bastante rotundidad. “Realmente, lo hubieseis descubierto en aproximadamente una hora. Por vuestra cuenta”.

Allegre inclinó su cabeza en franco reconocimiento. “Sí, desgraciadamente. señora Vorsoisson” -- dijo tocando su frente en un saludo considerablemente más formal de lo usual en Seglmp – “en mi nombre y en el de mi organización quiero ofrecerle mis más sinceras disculpas. Milord Auditor. Conde. Condesa”. Miró a Roic y a Taura, sentados uno al lado del otro en el sofá de enfrente. “Afortunadamente, Seglmp no es su última línea de defensa”.

“En efecto”, dijo el conde, quien se había sentado en una silla recta vuelta del revés y con los brazos cómodamente apoyados en el respaldo, y había estado escuchando atentamente sin decir nada hasta ese momento. La condesa Vorkosigan estaba a su lado; su mano tocó su hombro y él se la estrechó fuertemente con la suya.

Allegre dijo, “Illyan me dijo en una ocasión que la mitad del secreto de la preeminencia de la Casa Vorkosigan en la historia de Barrayar era la calidad de la gente que tenía a su servicio. Me satisface comprobar que continúa siendo cierto. Soldado Roic, sargento Taura – Seglmp les saluda con una gratitud mayor de la que puedo expresar”. Dijo esto con gesto sobrio, aunque exento de su esporádico tono irónico.

Roic parpadeó, agachando la cabeza en lugar del saludo que no estaba seguro de tener que devolver. Se preguntó si se suponía que debía decir algo. Esperó no tener que soltar un discurso, como ocurrió después del incidente en Hassadar. Aquello había sido más aterrador que los disparos de la pistola de agujas. Miró hacia arriba y se encontró la mirada de Taura observándole, sus ojos brillantes. Quería preguntarle – quería preguntarle miles de cosas, pero no aquí. ¿Volverían a tener un momento en privado de nuevo? Seguro que no durante las próximas horas.

“Bien, querida”, -- milord resopló mirando la bolsa de plástico – “Pienso que este es el último aviso para ti. Viaja conmigo y será un viaje arriesgado. No quisiera que lo fuese. Pero lo será, mientras yo sirva... a quien sirvo”.

“Haré que las destruyan”, dijo milord alcanzando las perlas.

“No”, dijo la futura milady, entrecerrando sus ojos. “Espera”.

Él se paró, levantando sus ojos hacia ella.

“Me las enviaron a mí. Son mi recuerdo. Las conservaré. Las hubiese llevado por cortesía para con tu amiga”. Ella estiró su mano y cogió la bolsa, la tiró al aire y la volvió a recoger, cerrando sus largos dedos con fuerza a su alrededor. Su afilada sonrisa sorprendió a Roic. “Ahora me las pondré como señal de desafío a nuestros enemigos”.

Los ojos de milord resplandecieron mientras la miraba.

La condesa eligió este momento – Roic pensó que para cortar los balbuceos de su hijo – y tocó su reloj. “Hablando de ponerse cosas, es hora de vestirse”.

Milord palideció. “Sí, por supuesto”. Besó la mano de la futura milady mientras esta se levantaba, dando la impresión de no quererla soltar. La condesa Vorkosigan condujo a todo el mundo excepto a milord y a su primo al recibidor, cerrando firmemente las puertas de la suite detrás de ella”.

“Se le ve mucho mejor ahora”, le dijo Roic a la condesa, “Creo que su consejo sobre el tiempo de sueño surtió efecto”.

“Sí, más los tranquilizantes que hice que Aral le diese cuando fue a despertarle hace un rato. La dosis doble parece haberle ido bien”. Ella entrelazó su brazo con el del conde.

“Todavía opinó que deberíamos haberle dado una ración triple”, murmuró él.

“Queremos que el novio esté tranquilo, no comatoso”. La condesa escoltó a la señora Vorsoisson hacia las escaleras; el conde se fue con Allegre, aprovechando la oportunidad para comentar los detalles, o quizás tomarse unas copas, en privado.

Taura lo miró fijamente, sonriendo de lado. “Sabes, no estaba segura de que esa mujer fuese la adecuada para Miles al principio, pero creo que le hará mucho bien. Su lado Vor siempre desconcertó a Elli. Ekaterin lo lleva en la sangre lo mismo que él. Que Dios les ayude a los dos”.

Taura comenzó a recorrer el pasillo pero se paró en la esquina dándose la vuelta casi por completo para preguntar, “Así que, ¿Qué tienes previsto hacer después de la fiesta?”

“Turno de guardia nocturna”. *Toda la maldita semana*. Pensó Roic descorazonado. Y Taura sólo iba a estar diez días más en el planeta.

“Ah.”

Ella se fue; Roic miró su reloj y tragó saliva. El generoso tiempo que le habían asignado para vestirse y acudir a sus deberes durante la boda casi se había agotado. Corrió hacia las escaleras.

Los invitados comenzaban a llegar, derramándose desde el vestíbulo de entrada a través de la sucesión de salones adornados con flores, cuando Roic se precipitó escaleras abajo para ocupar su lugar asignado como apoyo del soldado Pym, que a su vez lo era del conde y la condesa Vorkosigan. Algunos de los invitados ocupaban ya sus lugares: lady Alys Vorpatril, ejerciendo de anfitriona y organizadora general, y su benévola distraído acompañante, Simon Illyan; los Bothari-Jerseks; Mayhew, en apariencia seguido siempre de Nikki; una variedad de Vorvaynes que habían sido trasladados desde la repleta mansión del lord Auditor Vorthys a las habitaciones de invitados de la mansión Vorkosigan. El comodoro Galeni, amigo de milord y jefe asuntos komarreses en Seglmp, y su esposa eran los habían llegado más temprano, junto con los colegas de milord pertenecientes al partido progresista, los Vorbretzens y los Vorrutyers.

El comodoro Koudelka y su esposa, conocidos universalmente como Kou y Drou, llegaron acompañados de su hija Martya. Martya ejercía de madrina de boda de la señora Vorsoisson, sustituyendo a la mejor amiga de la futura milady, otra hija de los Koudelka, Kareen, que todavía se encontraba en la facultad de la colonia betana. Se echaba mucho en falta a Kareen y al hermano de milord, lord Mark, (aunque, recordando el incidente de la manteca de bicho, no por parte de Roic), pero la duración del viaje interestelar había sido demasiado ajustada encajar en su agenda. El regalo de boda de lord Mark era un billete para que la pareja de recién casados pudiese pasar una semana en un exclusivo y muy caro complejo vacacional betano. De este modo quizás milord y milady podrían pronto visitar a su hermano y a sus amigos, por no mencionar a los familiares de milord en Beta. Como regalo, al menos tenía la ventaja de trasladar todos los riesgos para la seguridad inherentes al viaje a *más adelante*.

Martya corrió escaleras arriba acompañada de una doncella que habían enviado a buscarla. El acompañante de Martya y socio en los negocios de lord Mark, el Dr. Borgos, fue apartado tranquilamente por Pym para someterlo a un cacheo no programado con el fin de encontrar cualquier insecto de regalo sorpresa que pudiese haber estado escondiendo, pero en esta ocasión el científico estaba limpio. Martya volvió inesperadamente pronto, su frente fruncida de modo pensativo y recuperó al doctor para que lo acompañase en busca de bebidas e invitados.

El lord Auditor y la profesora Vorthys llegaron con el resto de los Vorvaynes, en conjunto una buena compañía: cuatro hermanos, tres viudas, diez niños, y el padre y la madrastra de la futura milady, junto con sus queridos tío y tía. Roic vislumbró a Nikki dando a conocer a Arde a la multitud de impresionados primos Vorvayne, forzando al piloto de salto a contar historias de guerras galácticas a una devota audiencia. Nikki, notó Roic, no tenía que forzar mucho al piloto betano, cuya locuacidad se vio incrementada ante tanta cálida atención.

Los Vorvayne aguantaron valientemente la presencia de los relucientes invitados que eran la norma de la casa Vorkosigan – bien, el lord Auditor Vorthys se mostraba bastante inconsciente de cualquier estatus que no hubiese sido demostrado por expertos en ingeniería. Pero incluso el más

boyante hermano mayor de la novia se mostró pensativo e intimidado cuando el conde Gregor y la condesa Laisa Vorbarra fueron anunciados. El emperador y la emperatriz habían elegido asistir a las celebraciones supuestamente informales de la tarde como iguales a los Vorkosigan, lo que evitó un montón de problemas de protocolo a todo el mundo, incluyéndolos a ellos mismos. En ningún otro uniforme que no fuese el de la casa de su conde podría el emperador haber abrazado públicamente a su pequeño hermano de infancia Miles, quien corrió escaleras abajo para darle la bienvenida, ni haber sido abrazado sinceramente por él.

En total, los invitados a la “pequeña” boda de milord eran unos ciento veinte. Todos ellos entraron en la mansión Vorkosigan.

Por fin el momento había llegado; el vestíbulo y la antesala quedaron pequeñas, todo un caos mientras los invitados salían por la puerta y daban la vuelta a la esquina del jardín. El aire era frío pero no glacial, y afortunadamente no hacía viento, el cielo mostraba un profundo y claro azul, la oblicua luz vespertina del sol era como oro líquido. La luz convirtió el nevado jardín en un escenario dorado, centelleante y totalmente único, tan espectacular como el corazón de milord había siempre deseado. Las flores y los lazos se concentraban alrededor del centro del jardín, donde iban a celebrarse los votos, complementando el brillo agreste del hielo, la nieve y la luz.

No obstante Roic estaba bastante seguro de que los dos conejos de hielo realistas en todos sus detalles que estaban agachados bajo un discreto arbusto no formaban parte del decorado que milord había ordenado. No pasaron desapercibidos, dado que la primera persona que los vio inmediatamente se lo indicó a todo aquel que se encontrara cerca de él. Ivan Vorpatril desvió la vista de la obra de arte divertidamente obscena – los conejos estaban sonriendo – con una mirada divertida. La mirada amenazadora que le dirigió el conde quedó cortada por su risa soterrada, que se convirtió en carcajada cuando la condesa le susurró algo al oído.

Los invitados del novio ocuparon sus asientos. En el centro del jardín, las veredas, limpias de nieve, se encontraban en un amplio círculo pavimentado de baldosas, con las que estaban representadas las crestas de las montañas y la hojas de arce de los Vorkosigan. En ese lugar rodeado de una estrella de múltiples puntas para los invitados, se habían dispuesto en el suelo un pequeño círculo de semillas de colores para que la pareja hiciese su juramento. Otro círculo de semillas coronaba el sendero temporal cubierto de serrín abierto alrededor de los dos primeros anillos, proporcionando una superficie seca para el resto de los invitados.

Roic, llevando una espada por primera vez desde que tomó su juramento como vasallo, ocupó su lugar en la fila de soldados que formaron un pasillo a uno y otro lado del sendero. Miró alrededor con preocupación, dado que no podía ver a Taura sobresaliendo por encima de los invitados del novio mientras estos iban distribuyéndose alrededor del círculo exterior. Milord, agarrando con su mano la manga azul de su primo Ivan, dirigía su mirada hacia la entrada en una espera casi dolorosa. Habían conseguido convencer con dificultad a milord de que no hiciese el recorrido a caballo a la ciudad para buscar a la novia en su casa al viejo estilo de los Vor, aunque

personalmente Roic no tenía ninguna duda de que su tranquilo y viejo corcel se hubiese mostrado mucho menos nervioso y difícil de manejar que su jinete. En ese momento el grupo de los Vorvayne hizo su entrada a pie.

Lady Alys, como maestra de ceremonias, iba en cabeza como si se portase un estandarte de seda. Detrás iba la novia del brazo de su padre cuyos ojos titilaban, vestida con una resplandeciente chaqueta y una falda beige de terciopelo con bordados de brillante plata, sus pies calzados con botas avanzaban sin miedo, sus ojos mirando únicamente a otro rostro entre la multitud. El triple collar de perlas que embellecía su garganta refulgía con su secreto mensaje retador para unos pocos de los asistentes. Unas pocas personas extraordinarias. En vista de sus ojos semicerrados y sus labios curvados con ironía, estaba claro que el emperador Gregor era una de ellas.

La mirada de Roic debió de ser la única que no se posó durante mucho tiempo en la novia, ya que detrás de su madrastra, en lugar de – no, ejerciendo como – la madrina de la novia, caminaba la sargento Taura. Los ojos de Roic se movieron, aunque el mantuvo su rígida postura – sí, en el círculo exterior estaban Martya Koudelka y el Dr. Borgos, al parecer degradados al papel de meros invitados pero sin parecer en absoluto ofendidos. De hecho, ella parecía estar observando a Taura con orgullosa aprobación. El vestido de Taura era todo lo que lady Alys había prometido. El terciopelo de color champán hacía juego exactamente con sus ojos, que parecían surgir con brillante preeminencia en su rostro. Las mangas de la chaqueta y la larga falda estaban decorados en sus bordes con cordones negros con formas sinuosas. Orquídeas de color champán estaban entrelazadas en su pelo echado hacia atrás. Roic pensó que no había visto nada tan impresionantemente sofisticado en su vida.

Todo el mundo ocupó su lugar. Milord y la futura milady se situaron en el círculo interior, son sus manos entrelazadas como dos amantes que se ahogan. La novia parecía no sólo radiante, sino incandescente; el novio parecía completamente estupefacto. Alguien pasó dos pequeñas bolsas con las semillas a lord Ivan y Taura con las cuales cerraron el círculo, después regresaron a sus puntas en la estrella entre el conde y la condesa Vorkosigan y Vorvayne y su mujer. Lady Alys leyó los votos en voz alta, y milord y la futu..., y milady repitieron sus respuestas, la voz de ella clara, la de él tan sólo falló una vez. Se dieron el beso con una gracia remarcable, milady inclinando de alguna forma su rodilla en un movimiento parecido a una reverencia para que milord no tuviese que estirarse más de lo debido. Todo ello sugiriendo previsión y práctica. Montones de práctica.

Con un estilo impresionante, Lord Ivan barrió una apertura en el círculo de semillas con un pie, consiguiendo triunfante su beso por parte de la novia mientras esta salía. Lord y lady Vorkosigan salieron del deslumbrante jardín helado entre las filas de los soldados Vorkosigan; estos sacaron sus espadas situándolas a sus pies, y después las levantaron a modo de saludo mientras pasaban. Cuando Pym condujo el Grito de los soldados, el sonido de veinte entusiastas voces masculinas se elevó y su eco rebotó en los muros retumbando en el cielo. Milord sonrió sobre su hombro y enrojeció de placer ante este ensordecedor gesto de aprobación.

Como padrinos de la boda, les siguieron Taura cogida del brazo de Lord Ivan, inclinando su cabeza para oír algo que él dijo y que la hizo reír. La fila de soldados se mantuvo en rígida atención mientras todos los protagonistas fluían entre ellos y entonces formaron y marcharon elegantemente a su estela, seguidos por los invitados, de vuelta a la mansión Vorkosigan. Todo había salido a la *perfección*. Pym parecía querer caer desmayado allí mismo de puro alivio.

El comedor principal de la mansión Vorkosigan podía presumir de dar cabida a noventa y seis comensales cuando ambas mesas se situaban en paralelo; Los invitados restantes ocupaban el salón contiguo separado del comedor por un amplio arco, de modo que todos ellos podían permanecer básicamente juntos al mismo tiempo. Roic no tenía la responsabilidad de servir las mesas esa noche, pero su papel como arbitro de emergencias y asistente en general de cualquier invitado que necesitase cualquier cosa, le mantuvo ocupado y en movimiento. Taura estaba sentada en la mesa principal con los protagonistas y sus invitados de honor – los *otros* invitados de honor. Sentada entre el alto, moreno y guapo Lord Ivan y el alto, moreno y delgado emperador Gregor, parecía *realmente* feliz. Roic no hubiese preferido que ella se encontrase en ningún otro lugar, pero se encontró borrando mentalmente a Ivan y sustituyéndolo por él mismo... aunque Ivan y el emperador eran los máximos representantes del ingenio elegante. Ellos hicieron reír a Taura, sin que pareciese importarle el brillo de sus colmillos. Roic seguramente sólo habría podido sentarse allí inmóvil, en silencio y mirándola estúpidamente.

Martya Koudelka pasó por delante de él en la entrada, donde ocupaba una posición de guardia temporal, y le sonrió alegremente. “Hola, Roic”.

Él asintió. “Miss Martya”.

Ella siguió su mirada a la mesa principal. “¿Taura tiene un aspecto maravilloso, verdad?”

“Seguro que sí”. Dudo él. “¿Cómo es que usted no está allí?”

Le dijo en voz baja. “Ekaterin me ha contado lo que ocurrió anoche. Me preguntó si me importaba cambiarme con Taura. Le dije, *Dios, no*. Eso me evita tener que sentarme allí y hablar sobre cosas intrascendentes con Ivan, por una vez”. Dijo arrugando su nariz.

“Fue una buena idea de, de milady”.

Ella encogió un hombro. “Es uno de los privilegios que ella está en posición de conceder. Los Vorkosigan son impresionantes, pero tienes que admitir que pueden acabar contigo. Eso sí, te hacen participar en una aventura vertiginosa”. Se puso de puntillas y dio un inesperado beso a Roic en la mejilla.

El se tocó la mejilla sorprendido. “¿Por qué ha hecho eso?”

“Por tu participación en lo de anoche. Por salvarnos a todos de tener que vivir con un *realmente* loco Miles Vorkosigan. Durante el tiempo que hubiese



durado". Un breve temblor sacudió su frívola voz. Sacudió sus rubios cabellos y se marchó.

Los brindis se llevaron a cabo con los mejores vinos del conde, incluyendo unas cuantas botellas históricas, reservadas sólo para la mesa principal, provenientes de antes del final de la Era del Aislamiento. Después la fiesta se trasladó al brillante salón de baile, que parecía otro jardín, perfumado con los aromas de la reciente primavera. Lord y lady Vorkosigan inauguraron el baile. Aquellos que todavía podían moverse después de la cena les siguieron al pulido suelo de madera.

Roic se encontró, demasiado pronto, pasando cerca de Taura mientras ella miraba a los bailarines girar y balancearse.

"¿Bailas, Roic?" le preguntó.

"No puedo. Estoy de servicio. ¿Y tú?"

"Me temo que no conozco ninguno de estos bailes. Aunque estoy segura de que Miles me hubiese endilgado un instructor si lo hubiese sabido".

"Para ser sincero", admitió él en voz baja, "Yo tampoco los conozco".

Sus labios se curvaron en una sonrisa. "Bien, no dejes que Miles se entere si quieres permanecer así. Sino te tendrá dando vueltas ahí fuera antes de que des cuenta".

Él trato de no reír. No supo qué responder a eso, pero su saludo de despedida no indicó que estuviese en desacuerdo.

El sexto baile lo reservó milady para su hermano mayor, Hugo.

"Un collar espléndido, Kat. ¿Te lo regaló tu marido?"

"No realmente. De uno de sus... socios de negocios".

"¡Caro!"

"Sí". La ligera sonrisa de milady puso los pelos de punta en los brazos de Roic. "Espero que le costase todo lo que tiene".

Ellos siguieron dando vueltas.

*Taura los pilló. De acuerdo, ella lo hizo por milord. Y que Dios ayude a sus enemigos.*

El vehículo aéreo llegó justo como estaba previsto para llevarse a los recién casados. La noche aún era bastante joven, pero se tardaba más de una hora en volar a Vorkosigan Surleau y la finca del lago donde iban a pasar la luna de miel. El lugar estaría tranquilo en esta época del año, cubierto por una capa de nieve y de paz. Roic no pudo imaginarse a dos personas más necesitadas de paz.

Los invitados en la residencia iban a quedar al cuidado del conde y la condesa durante unos pocos días, aunque los invitados galácticos viajarían al lago más tarde. Entre otras cosas, le dijeron a Roic, que la señora Bothari-Jesek deseaba visitar la tumba de su padre con su marido y su nueva hija y hacer algunas ofrendas.

Roic creía que Pym iba a encargarse del vuelo, pero para su sorpresa, el soldado Jankowski tomó los mandos cuando los recién casados estos pasaron corriendo a través de los chillones familiares y amigos y se sentaron en el compartimento trasero.

“He hecho algunos cambios en las asignaciones”, murmuró Pym a Roic mientras ambos aguardan sonriendo en la puerta cochera para vigilar y saludar. Milord y milady se disolvían uno en los brazos del otro en una mezcla de amor y agotamiento mientras el dosel plateado se cerró finalmente sobre ellos. “Yo me encargaré de las rondas nocturnas en la mansión Vorkosigan durante la próxima semana. *Tú* tienes una semana de permiso con doble paga. Con el agradecimiento de milady”.

“Oh”, dijo Roic parpadeando. Pym parecía bastante frustrado por el hecho de que nadie, del conde hacia abajo, se hubiese molestado en censurarle su desliz con el collar. Podía concluirse que finalmente Pym se había rendido y había decidido imponerse su propio castigo. Bien, si el soldado jefe iba demasiado lejos habría que confiar en que la condesa le parase los pies. “¡Gracias!”

“Puedes considerarte de permiso en el momento en que se vayan el conde y la condesa Vorbarra”. Asintió Pym y se retiró mientras el vehículo aéreo pasaba por encima del tejado y comenzaba a elevarse en la fría noche como si fuese empujado por los chillidos y los vítores de los invitados.

Unos espléndidos y prolongados fuegos artificiales convirtieron la despedida en un acontecimiento lleno de belleza y alegría para los corazones de los barrayareses. Taura aplaudió y silbó también, y junto con Arde Mayhew se unió a los acompañantes de Nikki para lanzar algunos petardos y bengalas más en el jardín trasero. El olor de la pólvora perfumaba el aire formando nubes mientras los niños corrían alrededor de Taura, instándola a que lanzase las luces *más alto*. Seguridad y un grupo de madres podría haber acabado con el juego, pero el conde Vorkosigan había logrado arrebatarse a Nikki la gran bolsa con los juguetes incendiarios más peligrosos.

La fiesta se relajó. En medio de protestas los niños adormilados fueron conducidos a sus coches o a sus camas. El conde y la condesa despidieron cariñosamente al emperador y la emperatriz; poco tiempo después de que se marcharan, decenas de silenciosos y eficientes sirvientes, contratados por SegImp, desaparecieron tranquilamente sin hacerse notar. Los pocos jóvenes con energías que quedaban secuestraron el salón de baile y pusieron música más de su agrado. Los mayores, más cansados, buscaron diversas esquinas en los distintos salones para conversar y tomar algunas copas más de los mejores vinos del conde.

Roic encontró a Taura sola sentada en una de las pequeñas habitaciones laterales en un robusto sofá de los que le gustaban, comiéndose pensativa un plato de exquisiteces de Ma Kosti en una mesa baja situada delante de ella. Parecía somnolienta y satisfecha, y también un poco ensimismada. Como si fuese una invitada en su propia vida...

Roic le sonrió inclinando la cabeza para saludarla. Deseó haber pensado en traerle rosas o algún otro presente. ¿Qué podría ofrecerle un chico a una

mujer como esta? El mejor chocolate, quizás, sí, aunque eso era un poco redundante en estos momentos. Mañana seguramente. “Hmm... ¿Lo has pasado bien?”

“O sí. Ha sido maravilloso”

Ella se recostó y le sonrió mirando hacia arriba – un punto de vista inusual. También tenía buen aspecto en esta dirección. El comentario de milord sobre las diferencias de altura en horizontal pasó entonces por su memoria. Ella palmeó el sofá a su lado; Roic miró alrededor, se sobrepuso a su costumbre de permanecer en postura de guardia y se sentó. Se dio cuenta de que le dolían los pies.

El silencio que siguió era agradable, sin tensión, pero después de un tiempo él lo rompió. “¿Te gusta Barrayar, entonces?”

“Ha sido una gran visita. Mejor que en mis mejores sueños”

*Diez días más.* Diez días eran tan sólo un parpadeo. Diez días no eran suficientes para todo lo que él tenía que decirle, o darle, o hacer. Diez días podrían ser un comienzo. “¿Tú, hmm, has pensado alguna vez en quedarte? ¿aquí? Podrías hacerlo. Encontrar un lugar donde encajases. O construir uno”. Milord puede conseguirlo, si es que alguien puede. Con gran cuidado, él dejó que su mano tocara las suyas en el asiento entre ambos.

Ella levantó las cejas. “Yo ya tengo un sitio donde encajo”.

“Sí, ¿pero para siempre? Tus mercenarios me parecen algo bastante arriesgado. No hay un suelo firme bajo ellos. Y nada duda para siempre, ni siquiera las organizaciones”.

“Nadie vive lo suficiente para elegir todas las posibilidades”. Se quedó un momento en silencio y entonces añadió. “La gente que me creó mediante bioingeniería para ser una supersoldado no consideró que una vida larga fuese necesaria. Miles ha hecho algunos comentarios bastante mordaces sobre eso, pero, bien. Los médicos de la flota me dan todavía alrededor de un año”.

“Oh”. Le constó un minuto digerir esta última afirmación; su estomago se heló y se contrajo de repente. Una docena de oscuros comentarios de los últimos días encajaron en su lugar. Deseo no haber. *¡No, oh, no...!*

“¡Ehh, no estés tan abatido!”, su mano envolvió la suya. “Los bastardos vienen pronosticándome un año de vida durante los últimos cuatro años. He visto a otros soldados recorrer sus carreras completas y morir en el tiempo que los médicos han estado tratándome. He dejado de preocuparme por ello”.

Él no tenía ni idea de qué contestar a esto. Gritar estaba fuera de lugar. En lugar de eso se deslizó un poco más cerca de ella.

Ella lo miró pensativa. “Algunos tipos, cuando les digo esto, se dan la vuelta y desaparecen. No es contagioso”.

Roic tragó con fuerza. “Yo no estoy huyendo”.

“Ya lo veo”. Ella se frotó la nuca con su mano libre; un pétalo de orquídea cayó de su pelo y se posó en su hombro cubierto de terciopelo. “Una parte de

mí desea que los médicos lo arreglen. Otra parte de mí dice, al diablo con todo. Cada día es un regalo. Yo, abro el paquete y lo devoro allí mismo”.

Él la miró maravillado. Su mano apretó más fuerte la de ella, como si alguien pudiese llevársela de donde estaban sentados si no la sujetaba con la suficiente fuerza. Se inclinó, alargó la mano y cogió el frágil pétalo, llevandoselo a los labios. Algo temeroso respiró profundamente. “¿Puedes enseñarme cómo lo haces?”

Sus fantásticos ojos dorados se ensacharon. “¡Roic! Es la proposición expresada con mayor delicadeza que nunca he recibido. Ha sido preciosa”. Una pausa incierta. “Hmm, ¿se trataba de una proposición, verdad? No siempre estoy segura de entender a los barrayeranos”

Desesperadamente aterrado ahora, le espetó en su imaginario estilo de mercenario, “¡señora, sí, señora!”

Esta afirmación fue premiada con una inmensa sonrisa con colmillos – en una versión desconocida hasta este momento. Le hizo, también querer caerse de espaldas, aunque preferiblemente no en un montón de nieve. Miro a su alrededor. La habitación, suavemente iluminada, estaba llena de platos y vasos de vino abandonados, restos de placer y buena compañía. Alguien charlaba en voz baja en la habitación contigua. En algún sitio, en otra habitación, amortiguado por la distancia, un reloj daba la hora. Roic renunció a contar las campanadas.

Ambos flotaron en una efímera burbuja de tiempo, calor vivo en el corazón de un frío invierno. El se inclinó hacia delante, levanto su cara, deslizó su mano alrededor de su cálido cuello, atrajo hacia abajo su cara. No fue difícil. Sus labios se rozaron y se entrelazaron.

Varios minutos después, con voz agitada y en susurros pudo respirar, “*Guaau*”.

Varios minutos después de eso, ambos subieron las escaleras cogidos de la mano.